

Corsarios o reyes

Capítulo 5 Hacia un final cervantino

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: E-Libros – Corsarios o reyes
Fecha de Publicación: 15/05/2012 y 11/04/2014
Número de páginas: 42
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

Capítulo 5: Hacia un final cervantino

5.1.- La importancia de los nuevos musulmanes y las dificultades para abordar el estudio de aquella sociedad berberisca.

A finales del siglo XVI, casi todos los personajes principales de este libro de maravillas han muerto; corsarios, marinos, grandes políticos y aventureros, amos y cautivos. Pero la Berbería de los corsarios, los cautivos y los "renegados" seguiría viva muchos años más. En 1585, siendo rey de Argel Arnaut Mamí, Morato Arráez llegaba hasta las islas Canarias y en Lanzarote cautivaba

"más de 300 personas, con la madre, mujer e hija del conde de aquella tierra y, juntamente, mucha ropa... Con todo lo cual se embarcó y se retiró con sus bajeles un poco distante de allí, donde arboló bandera de rescate. El conde se escapó de las manos de los turcos por harta ventura y, así, acudió a rescatar a aquellas dulces prendas que estaban cautivas y otras personas que más le tocaban. Lo cual hecho, se partió este corsario la vuelta por donde había venido... Don Martín de Padilla..., general de las galeras de España, le estaba esperando en el estrecho (Gibraltar) con 18 bajeles... Se retiró a Larache, donde... se entretuvo un mes. Y una noche muy oscura y borrascosa, se resolvió pasar el estrecho... Y habiendo pasado..., disparó una pieza dando señal de que pasaba para que no le esperase más. Y de allí llegó al cabo de Gata, y halló a Arnaut Mamí con tres galeotas, el cual le dio nueva que en Argel había muerto un hijo suyo; y esto fue causa de que Morato por entonces no intentase más empresas" (1).

La fórmula, pues, seguiría funcionando aún muchos años más, como bien estudiara Ciro Manca (2). En el siglo XVII España y Portugal, bajo la misma corona entre 1580 y 1640, prácticamente se desentendieron de Berbería y de Marruecos. Fueron los ingleses -de ahí su resaltar la figura de Morato Arráez el Grande, el más notable corsario berberisco de ese tiempo- y los holandeses los que mantuvieron más activo comercio con este país y los que, con sus nuevas rutas comerciales, cerraron para los turcos la vieja ruta del Próximo Oriente (3). Para Berbería siguieron siendo fundamentales las viejas fórmulas y la guerra permanente contra España, la cuestión morisca en el subconsciente colectivo. Ch. A. Julien habla de una "edad de oro del corso argelino y tunecino en el siglo XVII" (4). Aún en el siglo XVIII, aunque ya en decadencia, sigue el esquema diseñado en el siglo XVI. El dey Mohamed Ben Otman de Argel (1766-1791), que está estudiando con amplitud el profesor de la Universidad de Orán Ismet Terki-

Hassaine, llevó a cabo una política de gran estadista y con gran independencia de Turquía en sus últimos enfrentamientos con España; fracasada una expedición organizada por Carlos III para conquistar Argel en 1775, al fin la Regencia argelina y España, por deseo expreso de Floridablanca, llegaron a un acuerdo de paz y la ciudad de Orán se incorporó de nuevo al territorio argelino después de casi tres siglos de presencia española allí (5).

Pero volvamos al siglo XVI. Aquella "leyenda negra" de sociedad cruel y viciosa que una parte de la obra de Antonio de Sosa, en particular, y los sectores eclesiásticos y oficiales españoles, en general, se esforzaron en atribuir a la sociedad berberisca, parece tener un sentido claro: recaudar más dinero en España para los redentores de cautivos y, en los medios expansionistas, dar información y motivos para una posible conquista. Expresamente lo dicen así el propio Haedo, editor de Sosa, Mármol o Torres (6).

Hay que penetrar más a fondo en aquel mundo social de Berbería en el siglo XVI, en aquella ciudad de Argel de población de procedencias tan dispares. Los miles de cautivos, los caviles y suawa, árabes, moriscos españoles, jenízaros turcos –grosso modo-- y corsarios. El grupo de los nuevos musulmanes, uno de los más influyentes, acogía gentes de tantas nacionalidades que sorprende:

"Los turcos de profesión son todos los renegados que, siendo de sangre y padres cristianos, de su libre voluntad se hicieron turcos, renegando impiamente y despreciando a su Dios y criador. Estos y sus hijos, por sí solos, son más que todos los otros vecinos moros y turcos y judíos de Argel. Porque no hay nación de cristianos en el mundo de la cual no haya renegado y renegados en Argel. Y comenzando de las remotas provincias de Europa, hallan en Argel renegados moscovitas, roxos, rojalanos, válacos, búlgaros, polacos, úngaros, bohemios, alemanes, de Dinamarca y Noruega, escoceses, ingleses, irlandeses, flamencos, borgoñones, franceses, navarros, vizcaínos, castellanos, gallegos, portugueses, andaluces, valencianos, aragoneses, catalanes, mallorquines, sardos, corzos, sicilianos, calabreses, napolitanos, romanos, toscanos, ginoveses, savoyanos, piamonteses, lombardos, venecianos, esclavones, albaneses, boznos, arnautes, griegos, candiotas, cipriotas, ruianos y de Egipto y, aún, abexinos del preste Juan y indios de las Indias de Portugal, del Brasil y de Nueva España" (7).

De esa masa de nuevos musulmanes berberiscos, la mayoría era de origen humilde, socialmente de los grupos más desprotegidos y más desfavorecidos culturalmente del Mediterráneo y de más allá. Las biografías de los más notables de entre ellos, comenzando por el mismo Barbarroja, ollero, en el sentido de ceramista, el pobre pescador calabrés que era Euch Ali o el pastor de cabras sardo, o el grumete Andreta o Hasán Veneciano... He aquí un furibundo texto de Sosa -el Sosa airado- de una fascinante crudeza, en donde asocia origen humilde y crueldad a propósito del rey Hasán Veneciano, en el diálogo de la cautividad:

(Antonio):

"Y con ser rey (Hasán Veneciano), es de su misma condición tan bajo, tan vil y tan sin honra, que no tuvo vergüenza, los días pasados, dentro,

en su propio aposento y con sus manos, ahogar a un negro suyo moro.
No se afrentando de cuantos estaban presentes mirando,
que un rey era el verdugo de su negro.
(Al margen: "A primero de julio de 1579").

(Sosa):

"Mas, ¿cómo será posible que entre tan vil gente como estos turcos,
genízaros y renegados se halle honra ni primor, siendo cierto que, demás
de que en todo su imperio turquesco no se hace profesión de valor
o de honra, ni virtud, ni bondad alguna favorecida, sino la fuerza y violencia?
Y los turcos y los genízaros son todos vil canalla, guardapécoras y villanos;
como ellos dicen por su nombre, chacales. Y los renegados,
xabregueros, sulleros, ladrones y toda la inmundicia y vileza
de cristiandad. ¿Habéis visto en todos ellos, no digo hombre
hidalgo y noble, pero bien nacido y de padres medianos?
Y ese Asán Veneciano, que tanto se precia y tan pocas obras tiene de rey,
decid, ¿no es hijo de un barquero y no era un vil grumete
de una nave ragusea cuando Dragut ("Dargut") Arráez le tomó
y le dio a un renegado de quien después le heredó el Ochali, su patrón?
Es tan inseparable compañero de la virtud la misma honra
que es imposible haber honra do no se halla virtud,
ni que un enemigo de virtud tenga cuenta con la honra" (8).

Salvatore Bono cita un texto de G.B. Salvago, de su relación al dux de Venecia sobre Argel y Túnez en los años veinte del siglo XVII, no sé si excesivo texto pero sí durísimo:

"Qunati Turchi fiano per la turchia malfettori, violatori, homicidi,
assassini, truffatori, falliti, falsarii, vagabondi e raminghi, tutti al fine
callano in Barbaria come feccia al fondo, et è perció la Barbaria
una sentina et una cloaca dell'Imperio Ottomano" (9).

Algo similar se podía leer en textos clásicos de la "leyenda negra" sobre los españoles que iban a América, procedentes de tierras pobres como podían ser las turcas de Anatolia. Es sintomático, por ello, el texto de Sosa en el que compara Argel a América:

(Sosa: Los corsarios están gozando)

"en una hora y sin trabajo, de todo lo que el codicioso indiano
y perulero desentierra de las entrañas de la tierra y de las minas
de oro y plata, con tan grande ansia y cuidado,
y de lo que el avaro mercader, con tan manifiestos peligros de vida,
fue tantas mil leguas (a) buscar a las Indias y otras partes
de Poniente y Levante, y ajuntó con tantos sudores y fatigas.
Y, así... hinchén sus casas y magazenes, y todas las boticas de esta ladronera,
de mucho oro, plata, perlas, coral, ámbar, drogas, azúcar, hierro, acero,
cobre, estaño, plomo, alumbre, azufre, lacre, tincal, brasil, tintas, granas,
paños, lanas, telas, lienzos, holandas, algodón, vidrios, cristal, trigo, vino,
aceite, sal y salumes; con otras infinitas mercaderías

con que han hecho y hacen esta ciudad la más rica de cuantas hay hoy en Levante y Poniente. A la cual llaman los turcos, y con razón, sus Indias y Perú.

(Antonio:)

"No ha muchos días que, en casa de mi patrón, unos chacales, de esos villanos y bestiales turcos -que, en efecto, tales y tales parecen en su arte y modo de hablar y vivir-, venidos ahora de Constantinopla en las dos galeotas que vinieron a saber cómo pasaban las cosas de Fez, trataban eso mismo -hablando con unos renegados y otros leventes de la galeota de mi patrón-, y afirmaban que allá, por toda Turquía, Rumania, Anatolia y Suria, hablan todos de Argel como nosotros acá de las Indias de Castilla y Portugal.

Y no solo estos villanos -que en Turquía nunca salieron de miseria y de guardar vacas y cabras- tienen esta opinión en Argel; pero entre los muy principales turcos y renegados que son bajás, y andan ordinariamente puestos en gobiernos importantes de reinos y señoríos, no hay cosa más codiciada, y que ellos procuren con más ambición, por medio de todos los favores posibles, y con presentar muy grandes sumas de dineros a los del supremo consejo del Turco, que ser rey de Argel. Aunque no sea más de los tres años que ordinariamente les dura el gobierno. De este Asán, renegado veneciano que al presente es aquí rey, ¿no sabemos todos cuántos competidores tuvo en Constantinopla, y cuán grandes sumas dineros presentó a Mahamet, Gran Bajá, y a la sultana mujer del Bajá Piali, hermana de este Gran Turco Morat, que ahora reina; y cómo Ochali -general del Gran Turco en la mar-, su patrón, echó la hiel Y, con su favor y de otros grandes bajás sus amigos, acabó le diesen este gobierno? Todo esto no era porque no le diesen otros muy grandes y principales en otras partes, que desechó, sino porque realmente no es menos Argel para los turcos de lo que son para castellanos y portugueses las riquísimas minas de las Indias de Levante y Poniente... Al cabo de tres años que les dura el gobierno, ¿no se vuelve a Constantinopla con cuatro y cinco galeras y galeotas, cargadas todas y llenas también de oro y plata?" (10).

Las razones que daba Jerónimo Gracián para que la mitad de los cautivos renegara -trabajo más apacible, medro económico, mayor permisividad sexual...- se podían conectar más o menos vagamente con aspiraciones profundas de los medios populares o pobres que Camporesi estudiara sometidos a presiones psíquicas terribles a causa del hambre. No insistiremos más en ello, aunque es campo de estudio apasionante. El soldado y cronista Pedro Gaytán era explícito también al lamentarse de "que de un ejército tan grande de enemigos que allí estaba, no hallo que ningún turco o moro de nación se haya venido a tornar cristiano. Y de tan pocos como había en Orán, se habían ido tantos, y pienso que si no tuvieran guardias se fueran más" (11). De alguna manera Berbería era atractiva para esos sectores populares. Sosa añade más datos para analizar aquella realidad. La sociedad urbana berberisca, al lado de los jenízaros y corsarios,

tiene un sector fuerte de artesanos de todo tipo; muchos jenízaros, según texto ya citado, se dedicaban a trabajos artesanales variados. Y, lo que era más importante, no había ningún tipo de rechazo psicológico hacia ese tipo de trabajos por parte de los grupos teóricamente privilegiados:

"El sexto modo de turcos o, para mejor decir, de la vida que ellos viven, es de oficiales mecánicos. Porque hay un gran número de ellos que son coraleros, sastres, plateros, zapateros, zurradores, cordoneros, esparteros, barberos, silleros, albarderos, canteros, albañiles; que hacen escopetas, arcos, flechas, alfanjes, pólvora y funden artillería, con todos los demás oficios necesarios a una ciudad. Pero la mayor parte son renegados.

"Y ultra de todos estos oficios y otros mecánicos, hay también una infinidad de cristianos. Los cuales son, o de los mismos turcos que ejercitan estos oficios y artes, y con ellos trabajan juntamente en las boticas y tiendas en que siempre están, o de otros patrones que les dan licencia para que trabajen y ejerciten sus oficios, pagando cada día su jornada como entre sí se acuerdan, unos menos, otros más.

"Y muchos de estos turcos oficiales son también jenízaros o soldados, como dijimos, los cuales sirven en la guerra cuando los llaman o cuando les cabe. Y también otros son leventes y cosarios, navegando en los navíos de corso como y cuando les place. De manera que, como entre ellos no hay alguna manera de honra, tampoco hay puntos y aquellos tan grandes bríos que suelen, con razón, tener los soldados cristianos, reputando la milicia por nobleza, como en efecto lo es, y afrentándose de ser oficial mecánico y soldado juntamente" (12).

Hermoso texto, casi de arbitrista, para la historia de las mentalidades. Antonio de Sosa recoge también una anécdota del "rey" Euch Ali que sería enternecedora si no estuviera situada en el contexto cruel de un suplicio por emparedamiento. Porque es enternecedor que el rey se dirija con tanta familiaridad y por su nombre a un pobre maestro albañil esclavo:

"Saliendo (Euchali) aquel día a ver la obra de un bestión o fuerte que hacía fuera de la puerta de Babaluete, hacia poniente, para defensa de cierto desembarcadero y playa segura que por aquella parte está cerca de la ciudad, habiendo visto la obra un gran rato, ya que se quería volver para casa, llamó a un cristiano suyo, albañil, que era el maestro de ciertos tapiadores que trabajaban en el bestión, que se decía maestro Micael, de nación navarro, y díjole de esta manera:

"--Micael, aquellas tablas -mostrando con el dedo unas que estaban ya armadas para la obra, mas aún no habían en el hueco de ellas echado tierra- no las hinchas ahora,

mas deja aquel hueco y espacio vacío, porque allí tengo de tapiar vivo aquel perro de Orán que no se quiere volver moro.

"Y dicho esto, dio media vuelta para su casa" (13).

Habría que hacer un gran esfuerzo de imaginación para conseguir aproximarse y comprender una tal sociedad; en donde cualquiera, por humilde que fuese, por su valía personal, fortaleza física, valentía o audacia, golpes de suerte –el "maktub", aún hoy muy valorado en Berbería-, inteligencia práctica y no especializada o compleja, belleza misma o toda una gama de "virtudes" valiosas en una sociedad poco "formalista" o poco estamentalizada -por no utilizar jerga sociológica— podía ascender en la escala social con relativa facilidad. Una sociedad de gran movilidad en la que podían surgir aquellas biografías apasionantes que en otro lugar relacionábamos con la reflexión sobre el "príncipe nuevo" de Maquiavelo (14). La biografía arquetípica de Barbarroja se había repetido en Dragut, en Euch Ali, en Ramadán Bajá, en Hasán Veneciano, entre otros; el ascenso del "cautiverio" a la "realeza" por unos cauces y con unas condiciones bien definidos, sin embargo, de los tiempos heroicos de Berbería, podemos considerar que estaba siendo muy matizada en los años finales del XVI, que estaba surgiendo una sociedad con un sector enriquecido e influyente, una verdadera "burguesía" berberisca bien perfilada ya en los años de cautiverio de Sosa y de Cervantes. La familia de Barbarroja, la de Dragut, la de Hasán Veneciano, la de los grandes corsarios, con sus matrimonios de interés -Hasán Bajá y Dragut, consuegros- y su influencia política en Berbería y en Estambul que les permitía acceder a los puestos más lucrativos en aquel mundo que más de una vez se comparara al mundo colonial americano. Pero en Estambul aún se temía un posible independentismo berberisco; hasta Euch Alí. Con su desaparición, y la de Hasán Veneciano, se podría decir que el gobierno de Berbería pudo ser "normalizado" o "burocratizado" desde la corte otomana. Todo un periodo se cerraba así, aunque Ciro Manca resalte la autonomía amplísima de esos gobiernos corsario-berberiscos posteriores.

En otro texto de Sosa, ya citado en parte, se destaca que allí, en Berbería, no hubiera "honra", que todos se considerasen iguales:

"Entre ellos no hay preeminencia de honra ni preciarse uno más que otro de ser hijo de turco o de renegado, o de moro o de judío o de cristiano. Ni de que sus padres fuesen alcaides, califas o reyes. Tan bueno es Pedro como su amo, y no vale ninguno más de lo que tiene. Porque si un judío hecho moro es rico, éste es más honrado y el rey le dará su hija".

Este texto de Sosa debería estudiarse a la luz de los sectores críticos con la "limpieza de sangre" -como Cervantes mismo o Espinel-, que considerarían formulaciones como estas en verdad utópicas. Pero continúa el texto.

"Sólo el ser genízaro tiene alguna manera de honra, porque no osa ninguno tocarle; y él a todos dará de palos, aunque sea al más principal y más rico. De aquí colija cada uno, no habiendo entre ellos honra, ¿qué virtud puede haber? De aquí nace que muy fácilmente comportan cualquier afrenta

que se digan, aunque sea tirar de las barbas y dar un par de bofetones en público al más rico y poderoso alcaide, como ha acaecido muchas veces".

Casi ese mundo al revés de las utopías de pobres, tan bien glosado por Bajtín.

"Si el rey o el aga se enojan con alguno tal, le hacen dar en su presencia -muy bien tendido en el suelo, como si fuera un negro- dos mil palos y, aún, rapar la barba y meter en la cadena de una galera, como a muchos se ha visto hacer, y particularmente al alcaide Isuf Napolitano. Es también uso, y muy general entre todos, que por muy ricos que sean andan por la tierra solos y sin compañía alguna de criados. Y, cuando mucho, alguno lleva uno o dos, sus renegados, y algún muy principal arráez lleva uno o dos de sus leventes, que van al lado con él. Y ni esto todas veces. A caballo por la ciudad ninguno va, aunque algunos le tengan, si no es el mismo rey; o que antes lo haya sido, como Rabadán (Ramadán) Bajá, que tenía su casa, mujer e hijos en Argel, o un gran alcaide. Y entonces, los renegados que tienen, aunque fuesen antes grandes hombres y principales soldados en cristiandad -como suele haber algunos alféreces y sargentos-, van a pie y derredor de ellos, acompañándolos lacayos" (14 bis).

Era normal que Antonio de Sosa no comprendiera aquella sociedad sin "honra" siendo clérigo y estudioso en una sociedad como la española, o la hispano-italiana, con tanta "honra", que no comprendiera aquella especie de "sociedad al revés", "carnavalesca" a lo Bajtín, típica de texto utópico de pobres. En donde la riqueza, aunque era lo más apreciado, según peculiares leyes de la herencia podía terminar en el tesoro público si no había un hijo heredero -como en el caso de Euch Alí-, lo mismo que hubieran podido terminar las mismas riquezas en el fondo del mar con un golpe de mala suerte. En donde las autoridades siempre heredaban como un heredero más, de la misma manera que un amo heredaba los bienes de aquel que, aunque fuera rico corsario, era su esclavo u hombre de su casa.

Este peculiar tratamiento de la propiedad privada y de la herencia, que los autores del momento citan con frecuencia, es visto por un autor actual, Perry Anderson, como uno de los rasgos diferenciadores entre Oriente y Occidente, hasta el punto de afirmar que "la era en la que se impuso la autoridad pública `absolutista' fue también la era en la que se consolidó progresivamente la propiedad privada `absoluta'" (14). La tradición jurídica del Derecho Romano, con su reglamentación sobre la propiedad privada, sería una de las herencias fundamentales de Occidente que haría que su mundo feudal evolucionara de manera diversa a otros mundos feudales orientales, el japonés incluido. En el XVI, tanto Maquiavelo como Bodin captaron también la clara diferencia entre Europa y el mundo oriental, del que Berbería tantos matices conservó (15).

Pero creo que en Berbería más determinante que los rasgos orientales es el verdadero "mestizaje cultural" que supone el mundo de los renegados, con esa jerga lingüística particular que es la "lengua franca", en cuyo estudio no vamos a entrar, de la que hablan Sosa y Cervantes en numerosas ocasiones. Es un asunto de estudio complejo y habría

que remontarse mucho en el tiempo, en la vida del Mediterráneo. Y abordarlo como se está haciendo ahora con el mundo de la "cultura popular". En un reciente viaje a España de Peter Burke, del grupo History Workshop, para presentar su Popular culture in early modern Europe, hablaba de la "enorme creatividad original" de algunos sectores populares, así como que una aproximación a esas manifestaciones "a menudo no es muy halagadora, dado que es una cultura que a veces resulta obscena y cruel", con lo que no habría que idealizarla en absoluto (16). Son apreciaciones que se adaptan a la perfección al mundo berberisco del siglo XVI.

NOTAS:

- (1).- Haedo, I, pp. 402-403.
- (2).- Op. cit., en particular el capítulo VI, "La proiezione esterna del sistema corsaro barbaresco", pp. 79 ss.
- (3).- Ver buena síntesis en G.E. Von Grunebaun, El Islam. II. De la caída de Constantinopla hasta nuestros días, Madrid, 1974, Siglo XXI, pp. 85 y 369.
- (4).- Julien, op. cit., pp 274 ss.
- (5).- Es clásico el estudio de Manuel Conrotte España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca, Madrid, 1909, Real Sociedad Geográfica.
- (6).- E. Sola, "El 'compromiso' en la historiografía española clásica sobre el Maghreb", en Revue des Langues, 5, 1985, Universidad de Orán, pp. 125-138.
- (7).- Haedo, I, pp. 52-53.
- (8).- Ib., II, pp. 114-115.
- (9).- Bono, op. cit., p. 5, nota 10.
- (10).- Haedo, II, p. 88.
- (11).- Gaytán, p. 131.
- (12).- Ib., I, pp. 97-98.
- (13).- Ib., III, p. 110.
- (14).- Sola, Un Mediterráneo..., c. III.
- (14 bis)- Haedo, I, pp. 167-168.
- (15).- P. Anderson, El Estado absolutista, Madrid, 1979, Siglo XXI, p. 441.
- (15 bis).- Ver Sola, Un Mediterráneo..., pp. 137 ss.
- (16).- Una muestra interesante de los trabajos del grupo History Workshop es el libro coordinado por Raphael Samuel Historia popular y teoría socialista, Barcelona, 1984, Crítica, en el que hay algunos trabajos de Peter Burke. También su trabajo más conocido publicado por Alianza Ed. en 1991, La cultura popular en la Europa moderna (1978).

5.2.- Sobre sexo, violencia y mundo berberisco: de inquietantes y ambigüas asociaciones de ayer y de hoy. Hasán Veneciano y Miguel de Cervantes frente a frente.

Obscenidad y crueldad. Al intentar resumir en pocas palabras siempre se simplifica, y eso es lo que ha hecho Peter Burke; pero pueden surgir también hallazgos expresivos que guíen un discurso. Al lado de la violencia, o la crueldad, fue el sexo uno de los mayores motivos de escándalo para los observadores de la época de la realidad berberisca, en particular para los castos eclesiásticos. "Conforme a la doctrina de su Mahoma, la fornicación simple no la tienen por pecado", afirma con tranquilidad Sosa, aunque exactamente no parece que era así y es afirmación que escandalizaría a un buen musulmán (17). De la misma manera podría considerar un extranjero la moral del "pícaro", el donjuanismo o el celestinismo una falta "no pecaminosa" en la cultura española del momento. Es verdad que el sexo tenía un tratamiento muy diferente al oficial hispano-cristiano. Debía escandalizar en especial al, como eclesiástico, casto Sosa – hoy sabemos que no lo era tanto – el hecho de que los hombres de religión, los "morabutos", con los que Sosa se enzarza en polémica religiosa frecuente -en la que no vamos a entrar; quede el análisis del diálogo de los morabutos para otro lugar-, no sean célibes. Ni siquiera castos. A este propósito recoge Sosa un suceso gracioso de 1579; un morabuto de Fez pasó una temporada en Argel; buen hombre de teatro, tuvo mucho éxito con las argelinas y terminaron expulsándole de la ciudad; aquel "buen hombre", como le llama, se las ingenió para continuar con sus aventuras en Túnez.

"El año de nuestro señor Jesucristo 1579, aquel verano vino a Argel un morabuto de Fez. El cual afirmaba que, con ciertas palabras, hacía venir un ángel del cielo a hablarle a la oreja. Y algunas veces, en presencia de muchos, fingía que el ángel no venía así, tan presto, y mostraba por esto grande cólera y enojo; y pasando algún espacio, daba a entender que ya el ángel era venido, pero él se mostraba indignado y mal contento, y hacía como que no le quería oír ni escuchar; mas después, mostrando aplauso, por ruegos del mismo ángel, se retiraba a una mezquita, siguiéndole mucha gente. Siguiéndole mucha gente, y entrando cada uno que quería, le demandaba de aquello que deseaba saber; y él, mostrando que consultaba con el ángel, daba a cada uno una respuesta, enviando a unos contentos y a otros mal satisfechos.

"Vino el negocio, en pocos días, a tanto que no sólo se tenían por beatos todos aquellos que le podían hablar y aun besar la mano;

pero las mujeres -que no parecen delante los hombres, ni osan en ningún caso hablar con ellos- forzaban a los maridos que las dejasen ir a su casa a verle, hablar, tratar y consultar. Y era el concurso de ellas, y de las más principales y más señoras, tan grande y tan continuo todo el día, que nunca el templo de Apolo en Delphos, ni los árboles y lebetes de Donaos, ni el monte Parnaso, ni cuantos oráculos los antiguos veneraron y consultaron, fueron tan frecuentados como era la casa de este buen hombre.

"Pero no pudo estar muchos días encubierto. Porque se halló que, so color de dar respuestas a algunas, las hacía descubrir y, aun, se holgaba a ratos con ellas. Y venidos algunos moros de Fez, avisaron cómo lo mismo hiciera antes allí a muchas principales mujeres; por donde el rey que entonces era de Argel, Asán, renegado veneciano, le mandó que, so pena de le empalar vivo, en tres días se saliese de Argel y de todo su reino. Y, así, se embarcó en una galera que partía para Túnez y se fue en ella" (18).

El perdón de los pecados en el Islam era de una gran comodidad. Lo equivalente a la confesión de los cristianos y a la absolución por parte del eclesiástico, uno de los mecanismos de control que citara el padre Gracián que les faltaba a los cautivos cristianos en Berbería (19), era sencillamente un baño, después del cual quedaban limpios de pecado. En fin, los morabutos eran tan poco castos que se daban, incluso, al pecado "nefando" puesto que

"obligados a lavarse antes del sala (oración), y después que tienen acceso a sus mujeres, dicen que lavarse con agua fría es de muy mayor merecimiento que no con agua caliente; y, por tanto, los morabutos, cuando pecan en el pecado de sodomía, por gran penitencia se van a lavar a la mar y no al baño" (20).

Otra vez nos topamos de lleno, en este libro de maravillas, con el asunto del nefando. En las fuentes españolas se alude a él casi siempre que se aborda el mundo de los corsarios. Sandoval es taxativo con Jeredín Barbarroja: era "muy lujurioso en dos maneras" (21). De Dragut el mismo obispo Sandoval decía que, turco de Anatolia, "de niño salió de su tierra navegando en servicio de un arráez de su tierra y vino a poder de Barbarroja, que se sirvió de él en muy malos y torpes oficios y, cuando ya era hombre, le dio una fusta y patente de capitán general" (22). No está muy claro en este texto, aunque la palabra "torpe" la aplica también al rey tunecino Hasán, "sucio en las torpezas de la carne en todo género" (23); su "torpeza" era manifiesta, a pesar de la amistad y protección de Carlos V, y Clot recoge la noticia de su harén de doscientos muchachos. Pero el sentido de esa torpeza queda claro algo más adelante cuando comenta que los deseos de Dragut de hacerse un "señor muy poderoso... no eran malos pensamientos para quien había nacido tan bajo y sido esclavo y vardage de otro que tal" (24). El bardaj, sujeto paciente en una relación homosexual, es una de las figuras que más repulsa y horror causa en aquellos testigos, en particular en los célibes "papaces". Ya hemos citado en un capítulo anterior (25) abundantes textos de Sosa en los que explicaba la afición de los corsarios a tener garzones, a los que vestían con ricas galas y a los que podían llevar en su nave en las expediciones de corso. Torres, al presentar al

renegado navarro que siendo un muchacho había matado a su ayo sacerdote y había tenido que huir de su casa, dice que "se fue a Italia donde, andando por la mar, fue cautivado por turcos y vino a poder de Barbarroja y fue su bardaj. Por estos méritos tan honrosos subió a ser capitán y hombre de estima" (26). El legendario Jeredín Barbarroja, "muy lujurioso en dos maneras", añadía un perfil mitificable más a su figura excepcional. Todo gran corsario que hubiera sido de su casa daría pie a presentaciones de esta ambigüedad. De Hasán Aga, renegado sardo desde niño, Gómara dice que fue "criado favorito suyo que por hacerle placeres vino a privar con él; era capado, mas valiente hombre" (27); y Sosa dirá que "como era de buen talle y hermoso, le hizo luego capón... y le crio siempre en su casa como si fuera su propio hijo" (28). En el caso del valiente Hasán Aga la maledicencia llegó hasta el emperador Carlos –como vimos (29)- cuando en la carta de embajada previa al intento de conquista de Argel le recuerda su caponez y quién se la había causado, a la vez que le recuerda que había nacido cristiano y súbdito natural suyo; era un alarde de mal gusto imperial pocos días antes de informar, resumiendo aquella derrota que le infringieran los berberiscos con el eunuco Hasán al frente, que no había muerto nadie "de cuento", otro desafortunado alarde imperial y de peor gusto.

La leyenda del corsario vicioso en lo sexual alcanza también a Euch Ali y a Hasán Veneciano. El todopoderoso Euch Ali, soltero y sin hijos, era patrón de miles de esclavos; uno de ellos fue Andreta, el joven veneciano grumete de una nave de Ragusa que, hecho prisionero por corsarios de Trípoli, fue esclavo de un levante que le hizo renegar y tomó el nombre de Hasán; muerto sin hijos su amo, pasó a poder de Dragut y, muerto éste en el cerco de Malta de 1565, pasó a poder de Euch Ali. "Fue siempre astuto, entremetido, audace, atrevido y desenvuelto; con esto, y con otras bellaquerías de turcos, vino a ser muy querido del Ochali", que le hizo su "elami" o "tesorero o recaudador de sus rentas y pagador de todas sus pagas" (30). Cervantes es más explícito al referirse a Euch ali y Hasán el Veneciano y dice que "le quiso tanto que fue uno de los regalados garzones suyos y... el más cruel renegado que jamás se ha visto" (31). Hasán Veneciano había de llegar a ser un hombre muy poderoso y con miles de esclavos también, como su patrón; Sosa le evoca casado y con dos hijos, un varón -muerto aún niño y honrado con un hermoso sepulcro a las afueras de Argel, junto con un sobrino suyo al que había hecho venir de Venecia y renegar, que murió al año de estancia en Argel- y una niña de tres años en 1580 (32). Jeredín Barbarroja, según el obispo Sandoval, "dicen que se consumió con la hija de diego Gaitán, que hubo en Rijoles" (33). Ambos, Jeredín Barbarroja y Hasán Veneciano, serían el prototipo de reyes corsarios muy lujuriosos "en dos maneras".

Si la palabra bardaj, que designa al sujeto paciente de una relación homosexual, aparece con cierta frecuencia en los textos del momento, no sucede lo mismo con la que hace referencia al sujeto agente, el bujarrón. "En un mundo abrumadoramente masculino como es el mundo de los corsarios o el mundo berberisco ..., en una sociedad violenta y `macha', en donde valores elementales de fortaleza física y astucia o listeza pueden ser esenciales para sobrevivir" (34), parece claro que la figura del lujurioso corsario habría que matizarla como "corsario bisexual" o "corsario bujarrón", con sus esclavos o cautivos garzones o muchachos bardajes; que el "corsario bardaj" parece claro que sería figura atípica, si no imposible. Si a Dragut Sandoval le hace bardaj de Barbarroja, lo mismo que el renegado navarro de Torres, y a Hasán Veneciano se le relaciona de la misma manera con Euch Alí, esa condición de bardaj de un amo bujarrón

hay que considerarla pasajera, uno de los trabajos que hay que soportar mientras dura el sometimiento del cautiverio, la belleza deseable, la poca habilidad o la inexperiencia de la juventud. En la fiesta corsaria, después de una buena campaña en el mar, Sosa dice que "acostumbran los arráeces y leventes vestir muy ricamente a sus garzones -que son sus mujeres barbadas-" y presumir y contender "de quién más número tiene de garzones, más hermosos y más bien vestidos" (35). En otra de las innumerables historias que narra cita a "dos mozos renegados que eran del mismo patrón -y como ellos usan, sus mujeres barbadas-, que serían de dieciséis años o poco más cada uno" (36); más bien debería decir imberbes. Cuando Cervantes presenta en su teatro algún garzón, siempre será muy joven, como cuando Juanico y Francisquito aparecen en escena "vestidos a la turquesca de galanes" (37). La constante alarma de los redentores y eclesiásticos -Gracián, Losada o Melchor García Navarro en el XVIII- por el peligro que corren los jóvenes y las mujeres de incitaciones sexuales, siempre hace alusión a la juventud tanto de la mujer como del garzón y del bardaj deseable. Cuando el cautivo renegado se hace hombre y llega a capitanear un barco o a arráez propietario de una nave, gracias al favor de su patrón, es probable también que su nueva condición, su nuevo poder, incluya el paso de bardaj a bujarrón, si lo desea, de joven garzón de corsario o levente a corsario o levente patrón de garzones. Más semeja una cuestión de poder que de sexo.

Creo que eran necesarias estas precisiones antes de abordar el sencillo ejercicio de colocar a Miguel de Cervantes y a Hasán Veneciano frente a frente. El relato 25 de la serie de 30 que constituyen el Diálogo de los mártires de Argel de Antonio de Sosa (38) es el de "la cueva de Cervantes" en Argel, en donde se escondieron unos quince cautivos, "todos hombres principales, y muchos de ellos caballeros españoles y tres mallorquines", a la espera de la llegada de un barco que habían concertado "con un cristiano mallorquín, que entonces de Argel iba rescatado, que se decía Viana"; la cueva, secreta, "estaba en el jardín del alcaide Hasán, renegado griego, que está hacia levante como tres millas de Argel y no muy lejos de la mar". "Sólo dos cristianos lo sabían", el jardinero navarro Juan y el Dorador, "convidado también para ir en el bergantín, que naciera y se criara en la villa de Melilla..., el cual, habiendo renegado siendo mozo, después volvió a ser cristiano y ahora, la segunda vez, había sido cautivado". El ex-cautivo Viana cumplió su palabra y el 28 de septiembre, día de la cita, llegó al lugar acordado, pero fue descubierto ocasionalmente y no pudieron avisar ni recoger a los escondidos. La cueva "era muy húmeda y oscura, de la cual todo el día no salían y, por tanto, estaban enfermos algunos de ellos". El 30 de septiembre el Dorador decidió renegar de nuevo, "pareciéndole a él ganaría mucho con el rey y con los turcos..., con los amos y patrones de los que en la cueva estaban escondidos", y "se fue al rey Hasán, renegado veneciano, diciéndole que él quería ser moro y que su alteza le diese para ello licencia". Al mismo tiempo, le denunció a los cautivos escondidos en la cueva. "Holgóse el rey y le agradeció esta nueva que le daba; porque, como era en gran manera tirano, hizo cuenta de tomarlos todos -por perdidos- para sí, contra toda razón y costumbre". Hasán Veneciano envió al guardián bají con "hasta ocho o diez turcos a caballo y otros veinticuatro a pie, y los más con sus escopetas y alfanjes, y algunos con lanzas", guiados por el Dorador. "Y prendiendo luego al jardinero..., los prendieron luego a todos. Y, particularmente, maniataron a Miguel de Cervantes -un hidalgo principal de Alcalá de Henares que fuera autor de este negocio y era, por tanto, más culpado-, porque así lo mandó el rey, a quien los presentaron luego".

"Holgóse mucho el rey de ver cómo los habían traído.

Y mandando, por entonces, llevarlos a su baño y tener allí en buena guardia -tomándolos y teniéndolos ya por sus esclavos-, retuvo solamente en casa a Miguel Cervantes. Del cual -por muchas preguntas que le hizo y con muchas y terribles amenazas- no pudo jamás saber quién era de este negocio sabedor y autor. Porque presumía el rey que el reverendo padre fray George Olivar -de la orden de la Merced, comendador de Valencia que entonces allí estaba por redentor de la corona de Aragón- ordenara ésta; y, aún, se tenía por cierto que el mismo Dorador -Judas- se lo había dicho y persuadido. Y, por tanto, como codicioso tirano, con esta Ocasión deseaba echar mano del mismo padre para sacar de él buena cantidad de dineros. Y como con todas sus amenazas nunca otra cosa pudiese sacar de Miguel Cervantes sino que él, y no otro, fuera el autor de este negocio -cargándose, como hombre noble, a sí solo la culpa-, envióle a meter en su baño, tomándole también por esclavo. Aunque después, a él y a otros tres o cuatro, hubo de volver por fuerza a los patrones cuyos eran.

"El alcaide Hasán, luego que en su jardín prendieron los cristianos y trajeron al jardinero con ellos, fue de todo avisado. Y corriendo a casa del rey, requeríale con grande instancia que hiciese justicia de todos muy áspera; y, particularmente, que le dejase a él hacerla a su gusto y contento del jardinero, mostrándose contra éste en extremo riguroso y airado. Y la causa era porque el rey, a imitación suya, castigase a los demás cristianos que habían estado escondidos en la cueva. Cosa maravillosa; que algunos de ellos estuvieron encerrados sin ver luz -sino de noche, cuando de la cueva salían- más de siete meses -y algunos cinco, y otros menos-, sustentándolos Miguel de Cervantes con gran riesgo de su vida. La cual cuatro veces estuvo a pique de perderla -empalado, o enganchado, o quemado vivo- por cosas que intentó para dar libertad a muchos. Y si a su ánimo e industria y trazas correspondiera la ventura, hoy fuera el día que Argel fuera de cristianos; porque no aspiraban a menos sus intentos. Finalmente, el jardinero fue ahorcado por un pie y murió ahogado de la sangre. Era de nación navarro y muy buen cristiano.

"De las cosas que en aquella cueva sucedieron, en el discurso de los siete meses que estos cristianos estuvieron en ella, y del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes, se pudiera hacer una particular historia. Decía Hasán Bajá, rey de Argel, que como él tuviese guardado al estropeado español, tenía seguros sus cristianos, bajeles y, aún, toda la ciudad. Tanto era lo que temía las trazas de Miguel de Cervantes. Y si no le vendieran y descubrieran los que en ella le ayudaban, dichoso hubiera sido su cautiverio, con ser de los peores que en Argel había. Y el remedio que tuvo para asegurarse de él, fue comprarle de su amo por quinientos escudos, en que se había concertado. Y luego le acerrojó y le tuvo en la cárcel muchos días. Y después le dobló la parada y le pidió mil escudos de oro,

en que se rescató, habiendo ayudado mucho el padre fray Juan Gil, redentor que entonces era por la Santísima Trinidad en Argel".

Este fue el fin del segundo intento de huida de Cervantes de Argel, pocos meses después de que su hermano Rodrigo hubiera regresado a España, rescatado por trescientos ducados por el redentor Jorge Olivar, ya que los quinientos que por Miguel pedía su amo Dalí Mamí no los habían podido reunir. En la información hecha en Argel se relaciona la vuelta a España de Rodrigo con los preparativos de este intento de fuga; a su regreso en agosto, el hermano de Miguel de Cervantes llevaba consigo el encargo de que "pusiese en orden y enviase de la plaza de Valencia y de Mallorca, y de Ibiza, una fragata armada para llevar en España los dichos cristianos; y para mejor efectuar esto se favoreció del favor de don Antonio de Toledo y de Francisco de Valencia, caballeros del hábito de San Juan, que entonces estaban en Argel cautivos, los cuales les dieron cartas para los visorreyes de Valencia y Mallorca e Ibiza, encargándoles y suplicándoles favoreciesen el negocio" (39).

En cuanto a la venida de dicha nave, debieron correr rumores variados; uno de los testigos, Cristóbal de Villalón –de Balbuena, cerca de Valladolid, de 44 años y que conocía a Cervantes desde hacía cuatro- declara que fue "muy divulgado en Argel y público" que habiendo venido la fragata "descubrieron una barca de pescadores, la cual tuvieron por cosa de más peligro, y se retiró" (40). En las palabras de Antonio de Sosa, que cierran la información, da aún más precisiones que en su relato: "Yo hablé después y lo supe de marinos que con la misma fragata vinieron, que cautivaron después, y me contaron por extenso cómo vinieron dos veces y la causa de su temor, y cómo por poco no se efectuó una cosa de tanta honra y servicio de Dios" (41). Sosa lo escribiría después del otoño de 1580 -al menos el párrafo en el que evoca los cuatro intentos de fuga de Cervantes: "la cual (su vida) cuatro veces estuvo a pique de perderla... por cosas que intentó para dar libertad a muchos"-, en el relato 25, simplificado a un viaje; no es cosa infrecuente en él, como el error de la cifra del rescate de Cervantes, quinientos escudos que dirá en la testificación correctamente, y no los mil que dice en el relato.

La consideración general de que Cervantes era notable cautivo de elevado rescate está en el fondo de esa equivocación de Sosa; en la biografía de Canavaggio se especifica esta característica importante; terminado el rescate general,

"Hasán, cuyo mandato toca a su fin, ofrece entonces a fray Juan Gil la elite de sus esclavos; fija el rescate en quinientos escudos por cabeza, a excepción de un tal Jerónimo de Palafox, estimado por él en mil escudos. En la incapacidad de pagar semejante suma, el trinitario decide rescatar a Miguel por el precio indicado: los 280 escudos de que todavía dispones se completan con 220 escudos tomados del fondo general. El 19 de septiembre, mientras el bajá se prepara para hacerse a la vela y sus esclavos ya están encadenados a los bancos de su galera, fray Juan Gil entrega, en escudos de oro español, el monto del rescate. Cervantes es libre al fin. A punto estuvo de partir con su amo para Constantinopla: tal vez no hubiera vuelto jamás" (42).

Era el otoño de 1580. La ambición de Hasán Veneciano y sus prisas por hacerse muy rico y poderos en poco tiempo -de ahí que traficara con todo lo traficable, incluso con el trigo en el año de gran hambre que fue 1579- influía en los regateos a la hora del rescate

de los esclavos y no poco, también, en la posible "piedad" que se le pudiera atribuir al no hacer morir cruelmente a un cautivo de alto rescate. Sin duda que la edad de su protector todopoderoso, Euch Ali, por entonces sexagenario, influía también en esta manera de ser del veneciano; su desaparición, por muerte natural, era grave en el ambiente de la corte otomana para alguien que no fuera demasiado poderoso ya.

Un cautivo malagueño, esclavo del mismo amo de Cervantes Dalí Mamí, Juan de Balcázar -de 37 años, cautivado a la vez que Cervantes y al que conoce de seis años atrás-, evoca a algunos compañeros de aventura en la cueva: "don Francisco de Meneses, capitán..., don Beltrán, y el alférez Ríos y el sargento Navarrete, y otro caballero que se decía Osorio, y otro hidalgo que se decía Castañeda y otros muchos que por no saber sus nombres no los expresa" (43). Pero es, una vez más, Antonio de Sosa, en su propia declaración, el más preciso: "Yo fui uno de los que con el dicho Miguel de Cervantes comunicó muchas veces y en mucho secreto dicho negocio; y que para el mismo negocio fui muchas veces de él convidado y exhortado, y no se hizo cosa en tal negocio que particularmente no se me diere de ello parte... El dicho Miguel de Cervantes, cuando enviaba a la cueva los cristianos me avisaba luego de todo y daba parte de su cuidado y diligencias que hacía; y cómo los proveía y enviaba ver y proveer y visitar, importunándome muchas veces que yo también me encerrase con los demás en la dicha cueva; y el día que se fue él (a) encerrar en ella, se vino (a) despedir de mi" (44).

Emociona este verismo de Miguel de Cervantes y Antonio de Sosa frente a frente. Más adelante añadirá: "Y en la conversación estrecha que con el dicho Miguel de Cervantes he tenido todos estos tres años y ocho meses, siempre noté en él costumbres y señales de muy buen cristiano, y sé que se ocupaba muchas veces en componer versos en alabanza de nuestro señor y su bendita madre, y del santísimo sacramento, y otras cosas santas y devotas, algunas de las cuales comunicó particularmente conmigo y me las envió que las viese" (45). Debían apreciarse con sinceridad. "No he notado o visto en él vicio ni cosa de escándalo; y si tal no fuera, yo tampoco no le tratara ni comunicara, siendo cosa muy notoria que es de mi condición y trato no conversar sino con hombres y personas de virtud y bondad" (46).

El cautivo Hernando de Vega, vecino y casado en Cádiz, de 58 años, esclavo de Dalí Mamí como Cervantes y desde antes que él, por lo que "todo este dicho tiempo (septiembre/75-setiembre/80) han estado juntos en una casa" (47), explica cómo el Dorador, "después que descubrió este negocio, se tornó moro y se decía Ramí" (48). Pero es una vez más Antonio de Sosa -en sus declaraciones se perfila como el hombre curioso y muy bien informado que demuestra en su magna Topografía- el testigo más puntual a la hora de evocar al Dorador: "El mismo día y hora que el dicho Dorador hizo tan gran maldad, pensando él que yo también esperaba por aquella fragata para ir en ella, se vino a casa de mi patrón y a mi aposento y comenzó con fingidas y coloradas palabras a excusarse no le pusiesen la culpa de aquella traición; y sé que, así como él prometió a otros hacerse moro, se hizo después y vivió moro tres años, hasta que murió en el mismo día de San Jerónimo, postrero de septiembre" (49). Hacía tres semanas, por lo tanto, pues Sosa hace estas declaraciones el 21 de octubre de 1580; fuera exacto o no, da lo mismo: el Dorador hacía poco tiempo que había muerto, Sosa, al tanto de todo lo que sucedía en Argel, lo sabía ya y su espléndida mente lo selecciona en el recuerdo; y lo dice en el momento oportuno. El peligro que corría el mercedario Jorge Olivar, que

Cervantes conjurara con su firme actitud, es también Sosa quien lo captó de manera privilegiada, pues "aquella misma mañana me envió luego avisar del temor en que estaba; y que le guardase una casulla, piedra de ara, y un retablo y corporales y otras cosas sagradas que temía -los turcos que otros enviases a su casa a prenderle- no se las tomasen y profanasen" (50). Puntilloso Sosa, incluso en una simple declaración testifical; debía ser un excelente contertulio y conversador; por otra parte, esa declaración era para proteger a un buen amigo, Cervantes, y los momentos dramáticos los evoca bien: "y, sin duda, él escapó de una buena, porque pensamos todos le mandase matar el rey" (51). El verismo expresivo es emocionante.

El final de aquella aventura de la cueva del jardín del alcaide Hasán fue que Cervantes pasó cinco meses encadenado en el baño del rey, en prisión, "cargado de cadenas y hierros, con intención todavía de castigarle" (52). Poco después, en marzo de 1578, es descubierta una carta a Orán: "Estando así, encerrado, envió un moro a Orán secretamente con carta al señor marqués don Martín de Córdoba, general de Orán y de sus fuerzas, y a otras personas principales, sus amigos y conocidos de Orán, para que le enviases alguna espía o espías y personas de fiar que con el dicho moro viniesen a Argel y le llevasen a él y a otros tres caballeros principales que el rey en su baño tenía... El dicho moro, llevando las dichas cartas a Orán, fue tomado de otros moros a la entrada de Orán; y sospechando del mal por las cartas que le hallaron, le prendieron y le trajeron a este Argel a Hasán Bajá; el cual, vistas las cartas y viendo la firma y nombre del dicho Miguel de Cervantes, al moro mandó empalar, el cual murió con mucha constancia, sin manifestar cosa alguna; y al dicho Miguel de Cervantes mandó dar dos mil palos" (53). Esos dos mil palos, que significarían la muerte, no se los llegaron a dar "porque hubo buenos terceros", según manifiesta el testigo Alonso Aragonés, de Córdoba, de 50 años y que conocía a Cervantes desde hacía unos cuatro años, desde el cautiverio mismo por lo tanto (54); el alférez Diego Castellano, de Toledo, de 36 años, casi de la misma edad que Cervantes por lo tanto, y al que conoce desde hacía más de diez años, la mitad antes del cautiverio, es el otro de los testigos que da alguna explicación al hecho de que no lo apaleasen: gracias a "muchos que rogaron por él" (55).

Ahí es donde Canavaggio ofrece una de las explicaciones más probables, la conexión de Cervantes con uno de los principales personajes de la sociedad berberisca, Agi Morato, al que Cervantes tomaría el nombre para sus ficciones literarias en más de una ocasión; emisario o chaud del Gran Turco, "es él quien, en dos ocasiones, en marzo de 1573 y luego en agosto de 1577, hará en secreto las primeras aperturas en dirección a España... Los archivos españoles hablan de contactos discretos llevados a cabo por Felipe II a través de diversos intermediarios: comerciantes valencianos; un monje redentor conocido de Cervantes, fray Rodrigo de Arce; el virrey de Valencia, implicado por Rodrigo en la tentativa de evasión de 1577; por último, don Martín de Córdoba, al que hemos visto vinculado al proyecto fallido de marzo de 1578" (56). Cervantes podría haber sido un "informador oficioso" de ese Agi Morato, pronto suegro de Hasán Veneciano al casarse su hija -esa "hija de Agi Morato" tan cervantina-, viuda del rey marroquí Abd el-Malek -el Muley Maluco de tantos textos de la época, muerto en Alcazarquivir en 1578- con este rey en 1580. Nada extraño hubiera sido que las autoridades berberiscas pensaran en un cautivo tan señalado, tan ostentosamente significado; al que desde el principio de su cautiverio su amo Dalí Mamí, "renegado griego, le tuvo en lugar de caballero principal y, como a tal, le tenía encerrado y cargado de grillos y cadenas" (57); el gaditano Hernando de Vega, que compartiera casa y patrón

con Cervantes, añade que también "con guardias, siendo vejado y molestado, todo a fin de que se rescatase y le diese buen rescate por salir de tener y pasar mala y estrecha vida, como la suelen y acostumbran dar los moros y turcos a las semejantes personas que el dicho Miguel de Cervantes" (58). Cartas de recomendación que traía consigo Cervantes a su regreso de Italia, cuando fuera cautivado, habían contribuido a esa fama; hasta el punto de que cuando llegan los redentores de cautivos Olivar, Ongay y Antich en abril de 1577, "Dalí Mamí sube a quinientos ducados el rescate de Miguel. Este toma entonces una decisión que le honra: a despecho de su derecho de primogenitura, convence a los redentores para que rescaten primero a su hermano, estimado por su amo el bajá en trescientos ducados" (59). Pocos meses antes del episodio de la cueva del alcaide Hasán, su significada actuación en ese episodio no hacía más que acrecentar su prestigio entre cautivos y berberiscos, con lo que ello suponía de ambiguas posibilidades.

Pero las grandes negociaciones para las treguas hispano-turcas tenían lugar en Estambul y Braudel las ha referido con puntualidad (60). El 18 de marzo de 1577 se firmaban las primeras, fruto de las gestiones de un disparatado personaje, Martín de Acuña, hombre "fraternalmente vinculado a los renegados de la ciudad" de Estambul (61), "indiscreto, derrochador, jugador y borracho" (62), que sería ejecutado por orden del rey años después, en 1586, "en una sala del castillo de Pinto, próximo a Madrid" (63). El 7 de febrero de 1578 se firmaba nueva tregua por un año como consecuencia de la gestión de Giovanni Margliani, caballero milanés ex-cautivo; "había combatido en Túnez en 1574; cayó herido allí -perdió un ojo- y fue hecho prisionero; en 1576 lo rescataron de su cautiverio turco gracias a los buenos oficios de un mercader ragusino llamado Nicolo Prodanelli" (64). Estos negociadores, en viajes de gran discreción, casi secretos, no satisfacían a los turcos, que deseaban una ampulosa embajada; en esa tregua se incluía "la promesa formal de un cambio de embajadores" (65). "Cristianos y turcos juegan a quién es más ladino. Sus conversaciones, referidas fielmente en los largos informes de Margliani, dejan cierta impresión de malestar y, desde luego, revelan una diplomacia complicada, astuta, no demasiado escrupulosa, que no repugna, de una parte ni de otra, los enredos más sutiles" (66). El deseado embajador no había de llegar y Euch Ali, el gran almirante de la flota turca, era partidario de no hacer paces con España; en 1579, sin embargo, su flota se dirigió al mar Negro y no al Mediterráneo, a pesar de la desconfianza que en Turquía -y en Argel, como vimos— producían los preparativos navales de Felipe II destinados a Portugal. Las dificultades internas en Argel -el descontento ante el gobierno de Hasán Bajá en año de gravísima mortandad por la peste- también incidían en ese ambiente -a pesar de Euch Ali- favorable a la paz.

En octubre de 1579, con este marco negociador hispano-turco lleno de rumores, y después de año y medio en el que Canavaggio dice que bien poco se sabe de Cervantes y aprovecha para evocar la posible vida cotidiana allí, sus amigos, las tentaciones que para renegar tenía un cautivo de calidad y otros extremos, Cervantes ve fracasar su cuarto y último intento de fuga. Entre marzo de 1578 y septiembre de 1579, pues, es un periodo oscuro en la vida de Miguel de Cervantes, aunque no lo es en la vida de Argel, según viéramos. Una gran mayoría de los horrores que describe Sosa son de ese periodo precisamente, con su culminación que fue el gran hambre y mortandad de 1579 de los que Hasán Veneciano extrajo no pocos beneficios económicos. "El único indicio que conservamos de este periodo es una petición dirigida a Hasán en octubre de 1578, para obtener la liberación de fray Jorge de Olivar, que seguía como rehén. Debemos concluir

de ello que, aunque gozaba de un incontestable prestigio entre los cautivos, su crédito ante las autoridades musulmanas había permanecido intacto. Tal vez haya visto suavizado rápidamente el régimen carcelario que le había sido infligido por el bajá" (67).

Los cinco relatos últimos de la serie de Los mártires... de Sosa son de esas fechas, salvo el último, algo más tardío. De finales de enero de 1578 es la dramática muerte de dos renegados italianos, Gallo y Morat, en tierras tunecinas, acusados de asesinar a puñaladas a un mal cristiano calabrés que había hecho de adalid o guía de los corsarios en su propia tierra; idéntica razón es la que mueve al renegado arrepentido Hasán, de Los baños de Argel, a apuñalar al malvado y sodomita -"¡Tú llevas buena esperanza a los lagos de Sodoma!"- Yusuf (68). El trapanés Gallo fue apedreado; como él, su compañero Morat, que sería asaeteado, afirma con firmeza su "ser" cristiano:

"--De manera, tú cristiano eres y no turco.

"Respondió el mancebo:

"--Verdad es que en el corazón y voluntad cristiano soy y lo seré toda mi vida" (69).

En aquel viaje tunecino de este relato iba el renegado murciano Morat Ruez, Maltrapillo, al que poco meses después acudirá Cervantes buscando alguna suerte de protección ante la previsible ira de Hasán Veneciano. Al regreso a Argel de los corsarios -Maltrapillo entre ellos-, debió correr de boca en boca la historia de los dos jóvenes italianos -tenían 24 años- y sin duda el relato de Sosa y la idea del personaje cervantino del renegado arrepentido Hasán se fraguaron en esas conversaciones de la primavera y el verano de 1578.

Esa misma primavera tuvo lugar otro intento de huida masivo, narrado por Sosa en el relato 27, de hasta treinta españoles. Encabezaba la aventura un personaje singular, tratado con primor, sobriedad y cariño por Sosa:

"Este valeroso soldado era de nación castellano y se llamaba Cuéllar. Y, acaeciéndole cierta desgracia en Orán -do estaba por soldado-, con otro soldado, habría como seis meses que de allá se huyera con temor de la justicia. Y, de cuanto de ordinario los que de Orán se huyen para Argel, al punto se vuelven turcos y reniegan, el buen Cuéllar por ningún caso lo quiso hacer. Mas traído delante del rey Hasán Veneciano, renegado -el cual entonces era rey de Argel-, de ciertos árabes que en el camino le tomaron cuando de Orán se partiera, e importunándole el rey se hiciese turco como los demás que de Orán venían solían hacer, respondióle muy llanamente que él no venía con esta intención, mas ampararse del favor de su alteza, como suelen hacer otros hombres, acogiéndose en tales casos al favor de semejantes príncipes.

"A lo cual replicó el rey:

--Pues de esa manera, si turco no quieres ser, tomarte he por mi esclavo.

A esto respondió Cuéllar:

--No esperaba yo eso de vuestra alteza; pero si una de las dos ha de ser necesariamente, más quiero que vuestra alteza me tome por su esclavo que no dejar de ser cristiano.

De esta manera, y sin aquel bárbaro se mover a usar de algún modo de nobleza -como suelen los príncipes hacer-, tomó al Cuéllar por esclavo. Y le tenía en su baño entre los demás sus cautivos; y como Cuéllar era hombre, en efecto, animoso y determinado, él fue autor de todo este concierto... tomando el principal peso del negocio sobre sí" (70).

Cuéllar, llegado a Argel hacia octubre o noviembre del año anterior, huido de Orán, no era raro que fuera conocido, siquiera de oídas, de Cervantes, de su misma edad, casi mediada la treintena. Fue el único de los españoles sometido a cruel castigo por aquel suceso: apaleado, murió a los tres días, como consecuencia de las heridas, el 3 de mayo.

A mediados de junio del año siguiente, 1579, Arnaut Mamí hizo apalearse, hasta la muerte también, al francés Juan Gasco -de 40 años, buen amigo de Sosa- y a los italianos Pedro Cosentino y Felipe, siciliano, porque se habían escondido para no ir al remo en la expedición de corso contra Baleares de aquella primavera, en la que también iba el renegado griego Dalí Mamí. La autonomía del régimen argelino, de la que trata ampliamente Ciro Manca en su citado libro, aparece con magnífica claridad aquí: a pesar de las treguas antes evocadas con brevedad, y a pesar de que Euch Ali no pudiera dirigir su flota aquel año hacia el Mediterráneo y tuviera que navegar hacia el mar Negro, los berberiscos -y tal vez con el acuerdo del mismo Euch Ali, que soñaría hasta su muerte con una política coordinada en todo el Magreb contra los españoles, y en donde se esforzó por mantener a sus hombres de confianza- los berberiscos no suspendieron sus operaciones de corso contra las costas españolas. La ambigüedad de la situación era total.

A finales de agosto, también en Argel, el joven Juan Genovés murió a manos de ballesteros berberiscos, colgado de la antena de una nave, y se salvaron por muy poco del mismo suplicio el vizcaíno Sebastián y el siciliano Cola de Mazara, después de una rebelión en Annaba que les había llevado a Mallorca, a la libertad, y después de que la mala suerte hiciera que los berberiscos los cautivaran de nuevo. El preciso relato de Sosa -el número 29- debió ser asunto de conversación cotidiana también a finales del verano de aquel año dramático de gran hambre, mientras Cervantes preparaba ya, sin duda, su cuarto intento de huida. En aquel ambiente de rumores de acercamiento o pactos de treguas entre españoles y turcos, incluso si se pudiera probar -literalmente probable- la participación de Cervantes en aquellas peculiares negociaciones, la actividad corsaria -en terrible año de hambre y mortandad- debía ser percibida con desaliento en los medios cristianos del cautiverio, lo mismo que aquellos actos de crueldad que con machaconería obsesiva narró Sosa. Se podría hablar de un ambiente de extremada excitación -rumores, hambre, violencia- en el tiempo de preparación de ese intento de huida masiva -hasta sesenta cautivos estaban apercebidos- del que Cervantes

era pieza principal. Y, como en el episodio de la cueva del alcaide Hasán dos años atrás, en fechas próximas a su cumpleaños, su 32 aniversario en esta ocasión. Fechas de balance y urgencias.

"En el año de 1579, en el mes de septiembre, estando en este Argel un renegado de nación español, y que decía que su padre era de Osuna y él ser natural de Granada, y siendo cristiano se llamaba el licenciado Girón, el cual se vino a hacer moro a esta tierra de Argel y en moro se llamaba Abderrahmán ("Abdaha-rramen"), entendiendo el dicho Miguel de Cervantes que el dicho renegado mostraba arrepentimiento de lo que había hecho en hacerse moro, y deseo de volverse a España, por muchas veces le exhortó y animó a que se volviese a la fe de nuestro señor Jesucristo. Y, para esto, hizo con Onofre Ejarque, mercader de Valencia que entonces se hallaba en este Argel, diese dineros, como dio, más de mil y trescientas doblas, para que comprase una fragata armada, persuadiéndole que ninguna otra cosa podía hacer más honrosa, ni al servicio de Dios y de su majestad más acepta. Lo cual así se hizo. Y el dicho renegado compró la dicha fragata de doce bancos y la puso a punto, gobernándose en todo por el consejo y orden del dicho Miguel de Cervantes...

"El dicho Miguel de Cervantes, deseando servir a Dios y a su majestad, y hacer bien a cristianos, como es de su condición, muy secretamente dio parte de este negocio a muchos caballeros, letrados, sacerdotes y cristianos que en este Argel estaban cautivos, y otros de los más principales, que estuviesen a punto y se aperciesen para cierto día, con intención de hacerlos embarcar a todos y llevar a tierra de cristianos, que sería hasta número de sesenta cristianos y toda gente la más florida de Argel...

"Estando este negocio a punto y en tan buenos términos que sin falta sucediera como estaba ordenado, el negocio fue descubierto y manifiesto al rey Hasán, que era de este Argel; y, según fama pública y notoria, se lo envió a decir por Cayban, renegado florentín, y después en persona se lo confirmó, el doctor Juan Blanco de Paz, natural de la villa de Montemolín, junto a el Llerena, que dicen haber sido fraile profeso de la orden de santo Domingo en Santisteban de Salamanca. Por lo cual dicho Miguel de Cervantes quedó en muy gran peligro de la vida y, dente entonces, quedó mal y en gran enemistad con el dicho doctor Juan Blanco, por ser cosa cierta que él era descubridor y ponía a riesgo tantos cristianos y tan principales...

"Divulgándose y sabiéndose que el rey Hasán tenía noticia de este negocio, y que disimulaba por coger a los cristianos en el fecho, cortados todos de miedo por ser cruelísimo contra cristianos, Onofre Ejarque -que había dado el dinero para la dicha fragata y era participante de todo-, temiendo que el rey de todo estaba informado, no hiciese con tormentos, y que el dicho Miguel de Cervantes,

como más culpado de todos, manifestase que eran en el negocio, y el dicho Onofre Ejarque perdiese la hacienda, la libertad y, quizá, la vida, cometi6 y rog6 y persuadi6 al dicho Miguel de Cervantes se fuese a Espa1a en unos nav6os que estaban para partir, y que 6l pagara su rescate.

Al cual el dicho Miguel de Cervantes respondi6, anim6ndole, que estuviere cierto que ningunos tormentos, ni la misma muerte, ser6 bastante para que 6l condenase a ninguno, sino a 6l mismo. Y lo mismo dijo a todos los que del negocio sab6an, anim6ndoles que no tuviesen miedo porque 6l tomar6 sobre s6 todo el peso de aquel negocio, aunque ten6a cierto de morir por ello. Y a cabo de poco tiempo, el rey mand6 con p6blico preg6n buscar al dicho Miguel de Cervantes, que se hab6a escondido hasta ver el movimiento que el rey hac6a, so pena de la vida a quien le tuviese escondido...

"Viendo el dicho Miguel de Cervantes el cruel bando que contra quien le tuviese escondido se hab6a echado, por respeto que no viniese mal a un cristiano que le ten6a escondido, y temiendo tambi6n que, si 6l no parec6a, el rey buscar6a otro a quien atormentar, o de quien saber la verdad del caso, luego, de su propia voluntad, se fue a presentar ante el rey.

Y que, amenaz6ndole el dicho rey con muchos tormentos que le descubriese la verdad de aquel caso y qu6 gente llevaba consigo, y mand6ndole, por m6s atemorizarle, poner un cordel a la garganta y atar las manos atr6s, como que le quer6a ahorcar, el dicho Miguel de Cervantes nunca quiso nombrar ni condenar a alguno, diciendo siempre al rey con mucha constancia que 6l fuera el autor y otros cuatro caballeros que se hab6an ido en libertad, los cuales hab6an de ir con 6l; y que si m6s gente hab6a de llevar, que ninguno lo sab6a ni hab6a de saber hasta el mismo d6a. Por lo cual, el dicho rey se indign6 mucho contra 6l viendo cu6n diferente respond6a de lo que le estaba informado por el dicho doctor Juan Blanco. Y, as6, lo mand6 meter en la c6rcel de los moros, que estaba en su mismo palacio, y mand6 con gran rigor le tuviesen a buen recaudo. En la cual c6rcel le tuvo cinco meses con cadenas y grillos, donde pas6 muchos trabajos, con intenci6n de llevarle a Constantinopla. Donde, si all6 le llevaran, no pod6a tener jam6s libertad; ni la tuviera, si no fuera que el muy reverendo se1or padre fray Juan Gil, redentor de los cautivos de Espa1a por su majestad, movido de compasi6n de ver en los peligros en que estaba el dicho Miguel de Cervantes, y de los muchos trabajos que hab6a pasado, con muchos ruegos e importunaciones, y con dar quinientos escudos de oro en oro al dicho rey, le dio libertad el mismo d6a y punto que el dicho rey Has6n alzaba vela para volverse a Constantinopla" (71).

No pocos testigos de los que participan en la información hecha en Argel por fray Juan Gil se declaran al tanto del proyecto de fuga, e invitados a ir en aquel barco: Alonso Aragonés -cordobés de 50 años-, Diego Castellano -de Toledo, de 36 años-, Rodrigo de Chaves -de Badajoz, de 29 años, "consorte en este negocio" (72)-, Domingo Lopino -sardo de 46 años, "consorte" en el negocio (73)-, Fernando de Vega -toledano de 40 años-, Cristobal de Villalón -vallisoletano de 45 años, "participante"-, Luis de Pedrosa -de Osuna y residente en Marbella, de 37 años, uno de los iniciadores del plan-, el fraile toledano, de Yepes, Feliciano Enríquez, "que aún para algunas prevenciones dio... algunos dineros" (74), y Antonio de Sosa, pues "me convidó a ser uno de los que en la dicha fragata habían de ir" (75).

Sobre el renegado granadino Abderrahmán, o licenciado Girón, Luis de Pedrosa -37 años-, el residente en Marbella antes del cautiverio, pero natural de Osuna, de donde el licenciado Girón era oriundo, ofrece algunas precisiones de gran verismo; Cervantes, "persona discreta, sagaz y constante..., vino un día a este testigo y le apartó y llamó en gran secreto, y le preguntó que qué persona era el renegado..., y que si tenía voluntad de quererse volver a tierra de cristianos que se lo dijera y descubriese este testigo, pues eran paisanos ambos a dos y de una tierra... Este testigo le respondió que el dicho renegado era persona de autoridad y tenía buenas prendas, demás de tener buenos propósitos; que llegase a él por términos discretos, pues el dicho Miguel de Cervantes lo era, y podrían ambos conferir el negocio y, luego, sentirá en él lo que hay en su pecho. Y, así, desde entonces se puso en astilleros el negocio" (76). Y Luis de Pedrosa se muestra orgulloso de esa participación suya destacada: "Este testigo era uno de los principales consortes en este negocio por dos maneras: la una, por ser el renegado de la tierra y lugar de este testigo, y la otra, por habérselo dicho en secreto el dicho Miguel de Cervantes, que estuviese a punto para cierta hora..." (77). Más adelante el mismo Pedrosa, cuando había sido descubierta la operación, fue advertido por Cervantes en especial: "envió a decir secretamente a este testigo que no tuviese pena él ni otros amigos y consortes del negocio, que él sería tan constante y de valor que no condenaría a ninguno... Y, así, si acaso a este testigo le prendiesen o a otros, que de mano en mano avisase a cada uno que le echasen la culpa siempre a el susodicho Miguel de Cervantes" (78). Lo mismo -"de mano en mano se avisasen" (79)- declaran el toledano de 40 años Fernando de Vega y Fernando de Villalón (80). El malagueño Juan de Balcázar -de 37 años-, cautivado a la vez que Cervantes y como él esclavo de Dalí Mamí, estaba de viaje con su patrón durante el tiempo de la preparación de la fuga, pero conocía al renegado Abderrahmán y éste se lo contó en Tetuán: "Estando este testigo en Tetuán lo supo del propio renegado español, que era su amigo y no le tenía nada encubierto; y, sobre ello, fue desterrado de Argel y, así, se fue para el reino de Fez y está en el dicho Tetuán" (81). El malagueño Balcázar, buen amigo del renegado Abderrahmán, es también el único que da alguna precisión sobre el trato de Cervantes con renegados: "Sabe... este testigo cómo a cinco muchachos que eran renegados de los más principales turcos de Argel, el dicho Miguel de Cervantes les animó y confortó, dándoles aviso e industria - que yendo en viaje en galeras con sus patrones- para huirse en tierra de cristianos; respeto que los dichos muchachos, eran del arráz de galeotas, como en especial fueron los dos de ellos, del capitán mayor de Argel Arnaute Mamí, y los otros dos del patrón de este testigo y del dicho Cervantes, que era Dalí Mamí, que también es capitán por el Gran Turco; lo cual, si no fuera por el buen industria y ánimo del dicho Miguel de Cervantes, que les dio, los dichos muchachos se estuvieran todavía en Argel y fueran moros y prosiguieran en su mala inclinación y sucedieran en los oficios de sus amos,

porque los tales renegados privan mucho en esta tierra con los semejantes patrones..." (82).

Descubierto el plan de fuga, Cervantes se escondió a la espera de la reacción del rey Hasán. El alférez Diego Castellano, el toledano de 36 años que desde hacía diez -él tendría 26 y Cervantes 22, muy poco después de su llegada a Italia por lo tanto- era compañero suyo de armas y cautiverio, debió ser el hombre de confianza al que Cervantes acudió para buscar un seguro escondrijo: "Este testigo le tuvo escondido al dicho Miguel de Cervantes en cierta banda secreta y le fue avisar lo que pasaba" (83). Y fue entonces cuando Miguel de Cervantes recurrió a otro español, el renegado Maltrapillo, para que hiciera de intermediario en su entrega a Hasán Veneciano. Es el mismo Diego Castellano -también lo reseña el extremeño de 29 años Chaves- quien lo narra: "Paresciéndole que si no (a)parecía delante del rey, haría mucho más daño que (a)pareciendo, se atrevió a ir delante del rey, fiándose en su buen ánimo... Y, así, se puso en las manos de un arráez muy grande amigo del rey, que se dice moro Atarraez (sic, por Morat Arráez) Maltrapillo, renegado español, para que él le entregase al rey porque le viniese menos daño" (84). Otra historia hermosa e inquietante -sólo por el hecho de no poder saber más- de renegados y cautivos. "¿Hay que suponer asimismo una intervención de Agi Morato, a punto de convertirse en suegro del rey?", apunta Canavaggio (85). En *Trato de Argel*, el diálogo entre el soldado Saavedra y el cautivo español Pedro, personaje con aires de "pícaro" en el que Saavedra capta a un posible renegado, es de gran sutileza -"Un falso bien te muestra aquí aparente, que es tener libertad", dice Saavedra a Pedro-, tono mesurado y ningún atisbo de rencor ni de pasión -a lo "papaz"-, sino casi lo contrario, comprensión y casi ternura; y Saavedra acude a la razón: muchos renegados desearían hacer lo que Abderrahmán/licenciado Girón había intentado, mas no lo hacen, "que respetos humanos le detienen / de ejecutar lo que razón le dice" (85). La comprensión del mundo de los renegados por parte de Cervantes es absoluta; sin menoscabo de su "razón", puede haber comunicación y hasta confianza. La intervención de Maltrapillo es una lección de convivencia berberisca en la línea de aquel diálogo -ya citado en otra parte (86)- de *El gallardo español*, en donde el protagonista también se llama Saavedra, pero que por pudor, sin duda, no pone en sus labios:

"Guzmán: Tu Mahoma, Alí, te guarde.

"Alimuzel: Tu Cristo vaya contigo".

En cuanto al mal clérigo Juan Blanco de Paz, parece haber unanimidad sobre su delación -a través de otro "Juan, esclavo del rey", declarará el siempre puntual Sosa (87)-, así como sobre su mala vida y perverso carácter. Parecen unánimes todos también sobre los motivos que tenía para intentar, como falso comisario inquisitorial, elaborar una información contra Cervantes sobre "cosas viciosas y feas", en palabras de otro clérigo, fray Feliciano Enríquez -el único eclesiástico, con Sosa y Juan Gil, que interviene en la declaración— dignas palabras de una visión clerical o "papaz" del mundo berberisco. El motivo no sería otro que el de defenderse a sí mismo de una posible represalia cervantina por aquella traición. No vamos a entrar en los casi unánimes testimonios, incluyendo los de aquellos que habían sido amigos del clérigo hasta entonces -Rodrigo de Chaves, de 29 años y de Badajoz, y el sardo Domingo Lopino-, pero se desprende una imagen bastante unánime, la de un Blanco de Paz

colérico y violento -su pelea con otros dos clérigos, a quienes propinó un "bofetón" y "de coces" (88)-, traidor a sus compañeros -la delación pudo ser de graves consecuencias-, vengativo y rencoroso, tramposo -varios hablan de sobornos para conseguir sus informaciones- y, en fin, con esas trapacerías clericales de inquisidor sobre "vida y costumbres". El extremeño Rodrigo de Chaves dice que "teniendo estrecha amistad con el doctor Juan Blanco de Paz..., con quien descubriría sus secretos, no embargante hacerle la maldad que hizo en quitar la libertad a tantos cristianos, personas principales y honradas, levantó y arguyó que el doctor Domingo Becerra, que al presente estaba esclavo en el baño del rey de Argel, era el que había descubierta y sido parte de que no tuviese efecto el dicho negocio, a lo cual él se descargaba; y culpando al dicho doctor Becerra, y amenazándole que él había de cruzar la cara porque él era el que le había quitado la libertad a él y a los demás, pareció después ser verdad que el dicho Juan Blanco era el que lo había manifestado al dicho rey, y no el dicho doctor Becerra. Y viniendo en tiempo de la semana santa, que es el tiempo que los cristianos se suelen confesar y comulgarse, confesó y comulgó el dicho Juan Blanco, y no le fue a pedir perdón al dicho doctor Domingo Becerra del testimonio que le había levantado, notable, de lo cual dio escándalo a los demás frailes y cautivos que había en Argel" (89). El cordobés de 50 años Alonso Aragonés, añade que el pago recibido por Juan Blanco por la delación fue "un escudo de oro y una jarra de manteca" (90). Claramente, en todos los testimonios, Juan Blanco aparecía como la contrafigura malvada del cautivo animoso y solidario que era Miguel de Cervantes.

Porque, a la vez que hay unanimidad absoluta sobre el clérigo malvado, hay también rara unanimidad -que trasciende la simple amistad y el compromiso por demasiado laudatoria- sobre el cautivo recién liberado Miguel de Cervantes. "Buen cristiano, temeroso de la honra de Dios", se confesaba y comulgaba "en tiempos que los cristianos lo acostumbra, y si algunas veces ha tenido prácticas (sic, por pláticas) con moros o renegados, ha defendido siempre la santa fe católica y ha confortado y animado a muchos porque no se hiciesen moros y renegados, y lo poco o mucho que ha tenido lo ha repartido en favorecer pobres cristianos"; así como que "no se ha visto en él vicio notable o escándalo de su persona y costumbres", dice Alonso Aragonés, el cordobés de 50 años (91). El compañero antiguo de Cervantes que era el alférez Diego Castellano - de Toledo, 36 años-, insiste en que "ha vivido con mucha limpieza y honestidad de su persona, y que no ha visto en él ningún vicio que engendre escándalo a su persona y costumbres" (92).

Al margen de estas opiniones reiterativas, obligadas en un colectivo temeroso del poder de clérigos e inquisidores que querían manipular hasta sus íntimos comportamientos y creencias, son en particular vivaces las opiniones sobre el carácter "laico" o civil, pudiéramos decir, de Miguel de Cervantes. Así, para Hernando de Vega - de 58 años, casado en Cádiz, cautivo desde hacía más años que Cervantes-, "fue tenido en mucha reputación y corona... respecto de haber sido hombre de mucho ánimo y constancia", y es "persona principal y lustrosa, demás de ser muy discreto y de buenas propiedades y costumbres, todos se holgaban y huelgan tratar y comunicar con él, admitiéndolo por amigo"; cita en especial a los eclesiásticos Olivar y Juan Gil, "pero los demás, gentes de la comunidad, lo quieren y aman y desean por ser, de su cosecha, amigable y noble y llano con todo el mundo" (93). El sensible y eficaz testigo de la vida de amplios sectores populares de su tiempo -eso que han dado en llamar "picaresca", cuando habría que hablar de supervivencia tal vez-, sevillanos, castellanos y de más allá,

está en este texto retratado con primor. Según el malagueño Juan de Balcázar -37 años, amigo del renegado licenciado Girón-, "merece premio y galardón" y "caballeros, letrados y sacerdotes huelgan de tratar con el susodicho" Cervantes (94). El toledano de 40 años Fernando de Vega, declara en frase feliz que es "de buen trato y conversación" (95). Para Cristóbal de Villalón -estoy haciendo un esfuerzo para no referirme a esa atribución del *Viaje de Turquía* a este cautivo ilustre-, todos estos extremos "no hay cristiano en Argel, como sea hombre principal, que no le conste" (96). El cautivo de Osuna, residente en Marbella, Luis de Pedrosa, de 37 años, se muestra entusiasta elogiador de Cervantes, como se había mostrado orgulloso de su participación destacada en el plan de fuga: "Porque en todo Argel, puesto que haya otros caballeros tan buenos como él, este testigo no ha visto que para usar hacer el bien a otros cautivos, (sic) ni presuman de casos tan de honor como el susodicho, porque en extremo tiene especial gracia en todo, porque es tan discreto y avisado que pocos hay que le lleguen. Y, así, su trato y comunicación de ordinario es con caballeros, letrados, comendadores y capitanes religiosos..." Destaca la amistad de Cervantes con el redentor Juan Gil, hasta el punto - es el 14 de octubre de 1580- de "que este testigo ha sabido que hoy, en este dicho día, le convidó a comer" (97).

Esta comida de Cervantes con Juan Gil del 14 de octubre, es citada también por otro de los cautivos más entusiastas de Cervantes, el recién llegado a Argel, y ya rescatado - "franco", por lo tanto-, Diego de Benavides, natural de Baeza y de 28 años de edad; había llegado de Estambul en la flotilla del nuevo rey de Argel, sucesor de Hasán Veneciano, Jafer Bajá; este rey, eunuco húngaro y cortesano con favor especial del sultán turco, como viéramos más arriba, es uno de los reyes más elogiados por Sosa y debió de traer el encargo concreto de organizar un gobierno berberisco más aséptico, burocrático y despersonalizado de lo que habían sido los gobiernos anteriores, sobre todo el de Hasán Veneciano, que provocara una verdadera crisis general en tiempos de hambre y mortandad, esas muertes "por las calles, de pura hambre, a treinta o cuarenta cada día, y más" que evocara Sosa (98). Diego de Benavides sólo puede testificar sobre Cervantes como persona, pues, llegado en agosto de 1580, no conoce los hechos sobre los que pregunta la información.

"Ha poco tiempo que vino para Argel,
que fue traído de Constantinopla para rescatarse,
y vino en compañía del rey de Argel que al presente ahora es,
por el mes de agosto pasado de quinientos y ochenta; y que, así como llegó
a este dicho lugar de Argel, trató de su rescate y se rescató.
Y, después que estuvo franco, preguntó a otros cristianos
que qué caballeros había en Argel, y personas principales
con quien se pudiese comunicar; y le respondieron... que, principalmente,
estaba una muy cabal, noble y virtuoso, y era de muy buena condición
y amigo de otros caballeros; lo cual se dijo por el dicho Miguel de Cervantes.
Y, así, este testigo lo buscó y procuró. Y, hallado,
luego el dicho Miguel de Cervantes, usando de sus buenos términos,
se le ofreció con su posada, ropa y dineros que le tuviese; y, así,
lo llevó consigo, y lo tiene en su compañía, donde comen de presente juntos,
y están en un aposento, donde le hace mucha merced.
En lo cual este testigo halló padre y madre, por ser nuevo en la tierra;
hasta que Dios sea servido que haya navíos para irse a España ambos dos,

él y el dicho Miguel de Cervantes, que también está rescatado y franco...
Y que este testigo cada día anda junto con el dicho Miguel de Cervantes,
come y bebe y aloja con él, y su trato y conversación
es con las personas más lustrosas y principales que hay en la esclavitud...
Que todo lo que tiene dicho y declarado este testigo es la verdad,
público y notorio" (99).

No es posible una más vívida y hermosa historia de amistad, solidaridad y amor entre dos cautivos que la narrada por el joven Diego Benavides de Baeza.

Pero aún hay otra declaración más admirable por su expresiva plasmación de todo un universo mental, de alguna manera sobrecogedor hoy para alguien que quisiera aproximarse con respeto a la cultura popular del momento, a la sensibilidad de la gente de base. Es la del capitán sardo Domingo Lopino, de 46 años; conocía a Cervantes desde hacía cuatro años -desde 1576 por lo tanto-, cuando llegó de Constantinopla, ya cautivo, a Argel; era "participante en el negocio" de la fuga en barco, planeado en el otoño de 1579, "de lo cual, por no venir en obra, perdió su libertad, que la esperaba y tenía por momentos por cierta; y, así, tiene gran noticia y relación, punto por punto, de este caso". El capitán sardo, hasta muy avanzado el cuestionario, parece no arrancar en las palabras, se limita a admitir lo que se le pregunta con tosca lengua de frases hechas; justo hasta el momento en el que se comienza a tratar de "honra", de aprecio de la propia persona, podríamos decir. Y entonces aquel capitán de Cerdeña, cuarentón y con muchos años de cautiverio a sus espaldas, entre Estambul y Argel, parece desplegar toda su oratoria en un "monólogo" prodigioso de expresividad, digno de una gran pieza dramática:

"Este testigo, por ser persona de calidad y que ha servido a su majestad treinta años ocupado en cosas de su real servicio, como ha sido de capitán y de pesquisidor en el reino de Cerdeña, que son ocasiones honrosas y calificadas, por donde este testigo debe ser inclinado a tener mucha reputación en frecuentar y comunicar con los semejantes. Y, así, para su contemplación deste testigo, dese(a)ba y procuraba de allegarse y juntarse con el dicho Miguel de Cervantes, respecto de que, de ordinario, el susodicho este testigo le vido y veía tratar con caballeros, capitanes, comendadores, letrados y religiosos y otros criados de su majestad. Porque el susodicho vea este testigo que de todos éstos que dicho tiene era querido, amado, reputado y estimado. Y cuanto veía tan notoriamente, a este testigo le daba cierta especie de envidia en ver cuán bien procedía y sabía proceder el dicho Miguel de Cervantes... Porque, cierto, el susodicho se ha tratado muy virtuosa e hidalgamente; y no solamente todos los que dicho tienen este testigo, mas los padres redentores que han venido a hacer rescates, como fue el padre fray Jorge de Olivar, y el muy reverendo padre fray Juan Gil, de la corona de Castilla. Los cuales le han admitido, así en conversación como en haberlo asentado a su mesa, de lo cual tomaban contento.

Y visto por este testigo, holgaba de tener por amigo al dicho Miguel de Cervantes, y alcanzar de su buen trato y conversación, porque es cierto de quererlo y amarlo, por merecerlo...

"Y que el dicho Miguel de Cervantes... es... buen cristiano, temeroso de Dios y de su conciencia, de buena vida y fama y de toda reputación, no acostumbrado a cometer negocios bajos y feos, a todo lo que este testigo entiende de él. Porque verdaderamente tiene entendido que el susodicho no hará ni acometerá cosa y casos por donde venga a menosprecio de su persona...

"Quel dicho Juan Blanco de Paz, yendo a hablar con este testigo, que estaba en casa de su patrón metido en un calabozo con dos cadenas grandes, la una en el pescuezo y la otra, que es la más gruesa de Argel, en el lado izquierdo de la pierna, no dejándolo su amo salir de casa, el dicho Juan Blanco, sabiendo que este testigo le quería mal por lo de la descubierta de la fragata y lo demás de quererse huir muchos caballeros y personas principales, fue a visitar y a consolar dándole mucho ánimo, ofreciéndosele si había menester alguna cosa. Y que tratando de negocios le dio cuenta el dicho Juan Blanco a este testigo de todo lo contenido en la pregunta (que era comisario inquisitorial) y, así, este testigo le creyó por habérselo dicho el mismo...

"Este testigo le vio ciertas informaciones que tenía tomadas contra algunas personas. En especial, vio una contra el dicho Miguel de Cervantes; y diciéndole este testigo que *para qué hacía información contra el dicho Cervantes*, respondió que *porque le quería mal y era su enemigo, pues andaba diciendo tanto mal de él*; la cual enemistad era por lo que dicho tiene, por haber habido descubierto al rey lo de la fragata y huida de caballeros y gentes principales. Finalmente..., tratando con... Juan Blanco *para qué hacía informaciones contra otras gentes, pues la hacía contra su enemigo Miguel de Cervantes*, respondió que *aquello era hecho de maña contra muchos para dar color; para que si los susodichos en España algún tiempo tratasen lo mal que él lo había hecho en destruir a tantas gentes, no valiesen sus dichos y disposiciones por ser sus enemigos capitales y haber hecho el dicho Juan Blanco contra ellos las dichas informaciones, de la cual forma y juego de maña no le perturbase ni perjudicase cosa ninguna los dichos de los susodichos...*

"Este testigo, estando en su casa donde tiene dicho..., Juan Blanco tornó a verse con él y le ofreció que *si había menester favor y su persona y dinero, que hablase, que no tuviese empacho, que él estaba muy aparejado para servirle*

y hacer todo aquello que a este testigo se le ofreciese.
Y, así, el dicho Juan Blanco tornó a replicar y le dijo:

"--Señor capitán: tengo necesidad de su favor de vuestra merced para acabar de fulminar dos procesos.

"Los cuales los tenía en la mano, que eran hechos contra particulares. Y el uno era contra... Miguel de Cervantes. Y visto esto el dicho capitán Lopino, le pesó mucho en ver que el dicho doctor Juan Blanco se metiese en negocios de calumniar tal persona, como era al dicho Miguel de Cervantes, siendo como es un caballero generoso, virtuoso y de mucho valor, que su oficio en Argel era favorecer y ayudar a todos los cristianos que a él se le encomendaban. Y demás de esto, este... testigo le respondió a... Juan Blanco que *todo lo que hacía había de ser cosa de poco valor, que no se metiese en aquello, que encargaba (sic) su alma y conciencia y de todo se había de dar cuenta a Dios, que se dejase de aquello...* Y entonces el dicho Juan Blanco le respondió a este testigo:

"--Señor capitán: yo ya me tengo descubierto a vuestra merced, a mi pecho, como a persona principal y amigo; que yo le prometo que a quien a mi me picare y me hiciere mal, como dicen que han de hacer, que le tengo que dañar y perjudicar en cuanto pudiere, aunque sea contra mi padre. Porque aquí en Argel, a trueque de poco, hallaré testigos para cada paso.

"Y habiendo oído y entendido este testigo, le pareció disparate todo lo que el dicho Juan Blanco decía. Y, así, desde entonces, este testigo le tuvo por un hombre de mala conciencia, fuera del camino de Dios. Y por esta causa este testigo le tiene y tuvo por hombre de mala reputación y poco crédito...

"Nunca este testigo... le ha visto decir misa, ni rezar las oraciones canónicas que es obligado como tal sacerdote, ni visitar enfermos cristianos que están con trabajo, si no es a este testigo que cada día, por estar metido en hierros aprisionado..., sin salir de casa de su patrón, le fue a visitar todos los días; todo, a fin de tenerlo grato para sus pretentos y malos propósitos que tenía contra muchas gentes, por estar mal quisto en esta esclavitud. Y, así, este... testigo procuró saberse evadir de él por buenos términos" (100).

Si de la declaración del sardo Lopino se podía extraer este monólogo dramático de un voluntarioso, algo bruto y desventurado capitán, originario de una tierra pobre que tantos renegado/ conversos ilustres diera a Berbería, cuidadoso en extremo de su "honra" y con ese pundonor de hombre que se extasía ante la jerarquía y que busca ser aceptado en el mundo de los notables, considerándose a sí mismo en cierto modo superior --todo un capitán-- y hasta modélico para un humilde que deseara ascender en

la esfera social, de la declaración del carmelita cautivo Feliciano Enríquez, toledano de Yepes, otro mundo peculiar podría descubrirse, más cercano al del "mañoso" Juan Blanco de Paz, el mundo de los eclesiásticos, de los tortuosos, atormentados e inquietantes "papaces". Lo mismo que Lopino, parece pasar por alto todo el interrogatorio hasta llegar a la opinión sobre las personas mismas, en concreto Miguel de Cervantes y Blanco de Paz. Se declara "uno de los participantes en este negocio y estuvo preso con el dicho renegado (Abderrahmán/Girón) y Cervantes y... aún dio... algunos dineros porque, por momentos, este testigo tenía la libertad en las manos". En lo referente a Blanco de Paz, es sobrio pero claro: "Juan Blanco... llegó un día a este testigo y le dijo así, tratando de negocios, cómo el susodicho tenía comisión del santo oficio, y que era su comisario, y que había de tomar informaciones en Argel contra algunas personas, y que si este testigo sabía de algunas personas que tuviesen algunos vicios para que lo jurase. Y este testigo le respondió que si los haba o no, que él no se lo quería decir a él; que si Dios le llevase en España a este testigo, allá hallaría a los padres inquisidores para manifestarlo". En lo referente a Cervantes es algo más extenso --son sus dos únicas aportaciones detalladas en la declaración-- y, a pesar del arranque lleno de morbosas sugerencias, termina, como Lopino, declarando que "envidia" su "hidalgo proceder": "Este testigo estuvo un poco de tiempo muy enemigo con dicho Miguel de Cervantes; y, en esta razón, oyó este testigo a una persona decir algunas cosas viciosas y feas contra dicho Miguel de Cervantes; y luego, en aquel punto, procuró este testigo con grande instancia, por todo Argel, inquirir y saber si contra el dicho Miguel de Cervantes... había alguna cosa fea y deshonesta que a su persona viniese mácula. Y halló por grande mentira lo que se había hablado por la dicha persona, que si la quisiese expresar no se acuerda de él por no hacer mucho caso de su disposición. Por lo cual, este testigo se pondrá a que lo quemem vivo si todo lo que se habló contra el dicho Miguel de Cervantes era todo grande mentira. Porque, cierto y verdaderamente, todos los cautivos de Argel le somos aficionados al dicho Miguel de Cervantes que, antes, nos da envidia de su hidalgo proceder, cristiano y honesto y virtuoso" (101). Para los hábitos inquisitoriales de la época, éste era sin duda el testimonio más definitivo sobre la absoluta "inocencia" de Cervantes, pues el fraile dice que "es mentira" y "se pondrá a que lo quemem" para reafirmarse en la seguridad de su afirmación.

Pero para un estudioso actual puede ser la declaración del carmelita --como lo ha sido-- la que más "sospechas" levante sobre la "inocencia" de Cervantes, sobre posibles "cosas viciosas y feas" o sobre esa "cosa fea y deshonesto que a su persona viniese mácula".

Juan Goytisolo, buen conocedor del mundo magrebí y de la obra de Cervantes, evoca la perplejidad que la lectura de no pocas piezas cervantinas puede causar en el lector: "maestro en el arte de la insinuación, ambigüedad e ironía, Cervantes se complace en erosionar sutilmente sus convicciones más asentadas, orientándolo hacia un terreno sembrado de incertidumbre y enigmas" (102). Esa faceta de la creación literaria de Cervantes, una más entre las muchas y ricas que posee, es la que ha permitido las más variadas interpretaciones e hipótesis sobre el autor y su obra, en muchas ocasiones -- como sucede con frecuencia también con el hispanismo en todo el mundo-- expresadas con apasionamiento. La seducción que ejerce Cervantes alcanza a los propios creadores literarios, como muy bien expresa Goytisolo: "Tres siglos y medio después, los novelistas `cervanteamos' aún sin saberlo, escribiendo nuestras obras, escribimos desde y para Cervantes; escribiendo sobre Cervantes escribimos sobre nosotros mismos"

(103). Esa seducción también alcanza a la crítica literaria y da lugar a muy variadas lecturas de un mismo texto. Y puede suceder, incluso, que esas lecturas diversas de la creación literaria cervantina --tanto en narrativa como en teatro-- intenten colmar lagunas biográficas o históricas que la escasa apoyatura documental del Cervantes histórico ha dejado, de momento, aquí y allá.

En un interesante artículo de Françoise Zmantar sobre "Miguel de Cervantes y sus fantasmas de Argel" (104), se apuntan algunas consideraciones sobre la ambigüedad sexual de ciertos personajes y situaciones en Los baños de Argel o, mejor, sobre el "desdoblamiento del eros", como comentara José Ángel Valente en una interesante reseña sobre un libro de Rosa Rossi (104). Cita Valente también "las aportaciones de Maurice Molho, y en particular... su penetrante lectura de El retablo de las maravillas (1976)... y de Louis Combet sobre la 'incertidumbre del deseo' en la totalidad de la obra cervantina (1980)". Y es en el marco de esas lecturas críticas en donde la "maña" de Blanco de Paz de investigar sobre la "vida y costumbres" de Cervantes --que el carmelita toledano Feliciano Enríquez resume en las frases "cosas viciosas y feas" y "cosa fea y deshonestas que a su persona viniese mácula"-- hace sospechar a algunos cervantistas la posibilidad de que la homosexualidad pudiera ser una componente más del perfil biográfico de Miguel de Cervantes, en particular durante sus cinco años de vida en Berbería, que es lo que nos interesa en este libro de maravillas. Lo que en Zmantar eran sólo "fantasmas", en Combet "incertidumbre del deseo", en Goytisoló "uso de máscaras" o en Valente "rumor de la persona", se convierte en el ensayo de Rossi en "diversidad sexual" de Cervantes, primero, y luego en simple homosexualidad, al menos "de pensamiento".

Es el momento ya de poner frente a frente a Hasán Veneciano y a Miguel de Cervantes, aprovechando el ensayo de la profesora italiana que realiza esta confrontación de personajes demasiado a la ligera, a mi ver, de manera bastante apresurada y sin una conveniente "puesta en escena" histórica, de época. Tal vez sea éste el principal defecto del ensayo; como de pasada se cita en él a Barthes --muchas veces--, Benjamín, Woolf, Hegel, Mann, Kafka, Proust, Freud, Brecht, Mondadori, Ida Mangli, Primo Levi, Mozart, Prevert o Lorca, pero en citas a vuelapluma y sin demasiadas precisiones, y sólo a dos historiadores; una cita poco exacta de Braudel y otra de Lynch (105); de este último, en concreto, hace un elogio demasiado amplio para un texto tan breve: "una obra historiográfica (*España bajo los Austrias*) en que se encuentra muy bien reconstruida la realidad económica y social del tiempo de Cervantes, quizá porque ha sido pensada como un libro para los estudiosos de la literatura -- atento, por lo tanto, más a problemas de fondo que a aspectos superficiales--" (106); ese juicio parece sospechoso, sobre todo si se olvida de otros autores tan importantes para eso como Domínguez Ortiz, Elliott, Kamen, Caro, Vilar, Maravall, Ruíz Martín o el mismo Castro. Tampoco hace referencia alguna a las fuentes que tanto hemos usado en este libro --Mármol, Sandoval, Torres, Gómara, Haedo/Sosa-- y que le hubieran permitido aproximarse al mundo berberisco sin el que es muy difícil reconstruir el posible conflicto Hasán Veneciano/Cervantes. Por último, de la "Información" hecha en Argel por fray Juan Gil a petición de Cervantes, únicamente utiliza la "maña" de Blanco de Paz para "perjudicar a Cervantes" (107) y la asume sin más: "los decires... debieron de ser corrientes sobre las relaciones entre Cervantes y Hasán Pachá" (108). Más bien parece lo contrario: debieron haber sido --y el testimonio del carmelita toledano Enríquez es concluyente-- raros y malintencionados. La

"Información" de Argel y la obra entera de Sosa, así como la de Cervantes mismo, favorecerían esta posibilidad. Rossi es sensible a los "chismorreos de baja estofa entre los grupos intelectuales de la `felix' España de Felipe III" (109) --Cervantes como "cornudo" e "impotente" en un soneto de Lope-- y únicamente se interesa por ese tipo de testimonio "chismoso", sin embargo, a pesar de que dé lugar a un informe tan rotundo en la negación del "chisme" como es la "información" de Argel.

Dos son las ocasiones en las que, según los textos, Hasán Veneciano y Miguel de Cervantes se encuentran cara a cara, en octubre de 1577 y de 1579, y en ambas ocasiones en circunstancias dramáticas para Cervantes. En la primera ocasión Cervantes acabaría de cumplir los treinta años y en la segunda los treinta y dos; Hasán Veneciano debía tener en torno a dos años más que Cervantes. En la primera ocasión Cervantes salía de la cueva del alcaide Hasán, en donde no pocos de sus compañeros habían enfermado por las duras condiciones de habitabilidad, y había sido maltratado mientras era conducido a la presencia del rey. En la segunda ocasión, Argel salía de aquella hambruna terrible que había dado lugar a una gran mortandad, esos treinta o cuarenta muertos diarios que evocara Sosa, hambruna que debieron sufrir en especial los cautivos y esclavos; amarradas las manos y con una soga al cuello, el "estropeado" Cervantes -- es expresión de Sosa-- debía ofrecer una imagen bien penosa, más para provocar rechazo que para provocar atracción o deseo sexual en un hombre, por muy aficionado que pudiera ser a garzones y bardajes. A Cervantes, esclavo treintañero mal alimentado y mal vestido, hacía tiempo que se le habría pasado la ocasión de medrar en una sociedad como la berberisca como --y valgan los neologismos y el tono un tanto procaz-- "bardajeable" o "garzonable", aún si él se lo hubiera propuesto. También es muy improbable que Hasán Veneciano se hubiera fijado en él en aquellas dos ocasiones si hubiera deseado elegir un bujarrón. Por eso la historia de amor --o la erotización, sin más, de aquel encuentro-- que tan a la ligera sugiere Rossi parece tan improbable, si no imposible historia de amor.

En esos dos encuentros documentados de Hasán Veneciano y Miguel de Cervantes sí sucedió algo, sin duda, aunque algo de seguro que bien lejano a lo que sugiere Rossi. Frente a frente estaban un joven veneciano y otro joven alcalaíno-madrileño, ambos en el inicio de la treintena, ambos originarios de centros urbanos privilegiados para la época por su poder, riqueza y ofertas de posibilidades para alguien que quisiera labrarse un porvenir, ambos en una ciudad marinera y de aluvión como Argel, el uno rey todopoderoso en ese territorio, el otro esclavo en peligro de muerte por intentar huir de él. Parecían dos "fortunas" --o maktub-- contrapuestas.

Hasán Bajá, el veneciano Andreta, pudo sentir curiosidad por un cautivo prestigioso en aquel medio difícil, tal vez --muy en el fondo-- admiración ante un comportamiento valeroso y solidario, virtudes apreciadas en todas las "culturas populares", y sin duda que interés por un objeto caro, un cautivo cuya redención se había tasado alta. Si además había participado de alguna manera en las negociaciones discretas de las que hablara Canavaggio, era un valor añadido que podría hacer aumentar ese interés. El móvil económico parece obvio en una posible explicación de la "piedad" del rey Hasán que a tantos extrañara. Pero si se analizan casos similares no es tan "raro" ese comportamiento; en otros intentos de huida, incluso masivos y con éxito, las condenas a muerte fueron muy selectivas y con alguna causa agravante. Los relatos de Sosa -- Diálogo de los mártires...-- lo demuestran; en algunos casos, la agravante es que es un

renegado/converso, con lo que tiene de matices de abjuración religiosa y de deserción, en otros casos hay acciones violentas con sangre en el intento, como el caso de Juan Genovés evocado más arriba. De la treintena de cautivos que participaron con el castellano Cuéllar en la fuga fallida, pocos meses antes del último ensayo de Cervantes, sólo fue apaleado Cuéllar; era esclavo de Hasán, pero peculiar; había llegado a la ciudad huyendo de Orán y no debía ser previsible una gestión de rescate, no era una "mercancía cara". En el episodio de la cueva de Cervantes, sí hubo una víctima, el jardinero navarro Juan, porque su amo insistió en castigarle así; si el rey Hasán mostró interés por continuar la investigación fue por encontrar una prueba contra el redentor Olivar con lo que ello hubiera podido suponer de beneficio económico en compensación por una falta probada en un personaje tan relevante. En la intentona de 1579, finalmente, aparentemente no se había llegado nada más que a los preparativos previos, la mediación de Maltrapillo, amigo del rey, debió ser eficaz y Cervantes era de alto rescate y con su patrón, notable berberisco, que sería el perjudicado en caso de muerte de su cautivo, de viaje. En las dos ocasiones el reo fue condenado a prisión.

Frente a Hasán Veneciano, Cervantes debió experimentar un cúmulo de sensaciones abrumadoras, pero es difícil imaginarse alguna que pudiera estar relacionada con una posible "diversidad sexual" que pudiera intuirse de sus textos de creación literaria. Si hubo lugar al análisis o a la reflexión en el momento mismo de la escena dramática, más estarían relacionados con la diversidad de "fortuna", la pobreza y la libertad. El problema no era de relación sexual sino de relaciones de poder: de amo a esclavo, de pobre a rico, de rey a cautivo, de "fortuna" dispar escandalosa en dos jóvenes de poco más de treinta años de dos ciudades privilegiadas de su tiempo y que conocían desde dentro el cautiverio, sus humillaciones y la carga que podía suponer para un proyecto vital.

Hasán Veneciano --más que Euch Ali, como el visir Ibrahim había sido-- era figura paradigmática en los medios berberiscos. Hombre pobre, esclavo desde muy joven, que llega a convertirse en hombre rico e influyente y que llega a rey. Modelo a imitar por un cautivo si no fuera "lo que razón le dice" --habla el soldado cautivo Saavedra en Los tratos...--, pues a ningún renegado ha visto "llegar nunca a buen puerto"; los que lo han intentado "por alcanzar libertad en esta vida", han caído en "lazos... codiciosos, vanos, / con que el demonio tienta fácilmente / con el alma ligarte pies y manos. / Un falso bien te muestra aquí aparente, / que es tener libertad..." Se puede prescindir fácilmente en esta reflexión cervantina sobre el renegado del componente religioso --el "demonio" puede leerse como "situación", "estado de ánimo" o "decisión equivocada", por ejemplo-- y el razonamiento sigue siendo correcto. Con el alma, esa decisión te liga "pies y manos"; esa "libertad" sería "falso bien", "sombra y apariencia / de este vano deseo" de "alcanzar libertad en esta vida". Y cuando llegue la muerte "a ponerle en perpetua servidumbre" --la otra leve referencia religiosa-- el círculo se habrá cerrado. La "libertad" --como "sombra y apariencia" de ella-- ligará "pies y manos" para alcanzar esa otra libertad más allá de Berbería que sería el bien máspreciado y permitiría llegar a "buen puerto" (110). Dejando aparte las leves alusiones religiosas, pienso que el soldado Saavedra está hablando del peligro supremo del desarraigo.

A pesar del humor cervantino, el tono de seriedad aparece siempre que trata de pobreza, poder y libertad; no en las cuestiones de sexo, en donde con frecuencia, si no casi siempre, el tono es erótico-festivo, en la onda de los medios populares, como

recordara Bajtín (111). Muy al contrario de lo que sucede con la literatura "papaz" contra-reformista en la que el sexo tiene siempre tonos terribles de pecado y condenación. Y creo que es en ese aspecto en donde al estudio de la profesora de la Sapienza de Roma, Rosa Rossi, le encuentro algo sospechoso de continuar ese tipo de enfoques "papaces", forjadores de la "leyenda negra" de Berbería.

Cuando Cervantes hace llegar de Argel a Barcelona a la morisca Ana Félix vestida de varón mientras deja en Argel a su novio joven, guapo y cristiano viejo Gaspar Gregorio, disfrazado de mujer en un "harén" para evitar los peligros de --y continúo con el neologismo algo procaz-- "bardajeo", Cervantes consigue un efecto de rareza o de extrañeza cultural; en una lectura popular, al margen de juicios morales católico-oficiales, sonaría a broma socarrona, a algo divertido y de situación disparatada al lado del peligro real que es que Gaspar Gregorio no pueda volver a reunirse con su novia Ana Félix en su tierra, en la que son ricos y queridos por su entorno --como Sancho mismo--. En el juego de Ana Félix como varón aparente y mujer real --si hubiera sido varón hubiera sido ajusticiada, pero era mujer--, morisca pero católica cristiana --como morisca debía irse de España, como cristiana, todos van a gestionar en la corte su permanencia en el país--, así como en el Gaspar Gregorio disfrazado de mujer pero varón, cristiano viejo en peligro en Berbería por tener que fingir hasta su sexo, el desenlace vendrá de la mano de un renegado generoso y arrepentido que valientemente arriesgará su vida para hacer que los dos jóvenes puedan recuperar su "ser", dejar de fingir. Lo anecdótico y metafórico es la ficción de sexo, lo importante es la libertad, sus creencias reales, el amor que une a la pareja separada, el deseo común de estar en su "patria", de no estar, aunque estuvieran juntos, en otra tierra, desarraigados (112).

Pero donde el sexo "fingido" y la valoración en grados de importancia del sexo y las creencias se perfila mejor y alcanza las cotas más altas de comicidad y jocoso recurso literario es en La Gran Sultana. Un romance intercalado en una escena festiva de la propia obra teatral narra la biografía de la que llegará a esposa del sultán turco:

"En un bajel de diez bancos,
de Málaga y en invierno,
se embarcó para ir a Orán
un tal Fulano de Oviedo,
hidalgo pero no rico:
maldición del siglo nuestro
que parece que el ser pobre
al ser hidalgo es anexo.
Su mujer y una hija suya,
niña y hermosa en extremo,
por convenirles así
con él también se partieron".

Cautivados por Morato Arráez, la niña fue vendida en Tetuán a un rico moro, Ali Izquierdo; "la madre murió de pena" y al padre lo llevaron a Argel. Cuatro años después Morato vuelve a comprar la niña, muy hermosa, y la lleva a Constantinopla, en donde se enamora de ella el joven sultán, a pesar de que no quiere dejar de ser cristiana. Cómo Catalina de Oviedo se convierte en la Gran Sultana o esposa del sultán otomano, con el consentimiento de que siga siendo cristiana y usando sus ropas españolas y costumbres,

es el asunto marco de la pieza teatral. En una fiesta que organizan cautivos españoles, con música y danza, por ejemplo, baila Catalina de Oviedo; pues, como dice Cervantes,

"No hay mujer española que no salga
del vientre de su madre bailadora",

irónicamente, por boca del gracioso Madrigal, comprometido con su amo en hacer hablar a un elefante para alcanzar la libertad. Pero enmarcado en ese asunto principal, se desarrolla una historia de cautiverio, paralela y singular, protagonizada por una pareja de enamorados, Clara y Lamberto, que para estar juntos han decidido que el chico Lamberto se disfrace de chica y adoptan los nombres de Zaida (Clara) y Zelinda (Lamberto). Los amores de ambos, en el harén real, se complican al quedar encinta Zaida/Clara y temer ambos porque se descubra el verdadero sexo de Zelinda/Lamberto. Deseando la corte otomana que el sultán tenga hijos para asegurar la sucesión, quieren que elija a una mujer del harén para que la fecunde; a pesar de que el sultán lo hace con desgana, enamorado como está de Catalina de Oviedo, elige finalmente una mujer que resulta ser Zelinda/Lamberto. Aterrada, Clara/Zaida acude a la Gran Sultana y le narra toda la verdad; ésta decide ayudar a los amantes y va a ver al sultán. Llega en el momento en el que se ha descubierto el verdadero sexo de Zelinda/Lamberto y éste insiste en que ha sido un milagro del profeta Mohamed:

"Siendo niña, a un varón sabio
oí decir las excelencias
y mejoras que tenía
el hombre más que la hembra;
desde allí me aficioné
a ser varón, de manera
que le pedí esta merced
al cielo con insistencia.
Cristiana me la negó
y mora no me la niega
Mahoma, a quien hoy gimiendo
.....
desde el serrallo hasta aquí,
en silencio y con inmensa
eficacia, le he pedido
me hiciera merced tan nueva.
Y si por tales milagros
se merece alguna pena,
vuelva el Profeta por mí
y por mi inocencia vuelva"

La Gran Sultana se muestra disgustada --lo que el sultán cree celos y se alegra de ello pues celos significan amor--, y le comunica su embarazo:

"Si por dejar herederos
este y otros desafueros
haces, bien podré afirmar
que yo te los he de dar

y que han de ser los primeros,
pues tres faltas tengo ya
de la ordinaria dolencia
que a las mujeres les da."

Finalmente, se acepta el milagroso cambio de sexo de Lamberto, se le casa con Clara/Zelinda y la sultana lo nombra bajá de Xio: "Bajá de Xío, Zelinda o Zelindo es ya" (113). Y el sultán, entusiasmado por el nuevo amor manifestado por la asturiana, le asciende aún más en el rango de gobierno haciéndoles bajá de Chipre, desde 1571 turca.

La desenvoltura y el humor con que trata Cervantes los asuntos más escabrosos y ambiguos en lo sexual le alejan mucho de la manera de abordar esos mismos asuntos que tienen los medios eclesiásticos contrarreformistas, en los que Rossi se basa para su ensayo tal vez sin saberlo. En donde ellos ven pecado y horror, Cervantes ve posibilidad de enredo literario y comicidad. Rossi dice que en Cervantes, si no homosexualidad abierta, cabría afirmar "fantasías" homosexuales, en el más puro estilo de confesor católico --Blanco de Paz, Enríquez, Gracián, Sosa mismo-- con distinguos de pecados de pensamiento y de obra. Las posibles "fantasías" homosexuales a la hora de describir esa sociedad orientalizante y exótica, tan diferente a la hispano-católica oficial del momento, se captan mucho más a las claras en esos escritores eclesiásticos célibes de la época de la Contrarreforma que en el Cervantes contemporáneo suyo. Antonio de Sosa, con mucha frecuencia, erotiza un simple paseo por Argel viendo pecado de la carne en cada mirada, en cada conversación, en cada esquina, sobre todo a las puertas de las peluquerías, en donde ve burdeles. Sería interesante comparar esa visión con la de Fellini sobre Roma, por ejemplo. Cervantes, muy al contrario, puede convertir eso que para el "papaz" es tremendo y escandaloso en motivo jocoso, insulto popular gracioso, como en la escena populachera del cómico Sacristán y los niños moros que le molestan en una calle de Argel:

Morillo: "¡Rapaz cristiano,
non rescatar, non fugir;
don Juan no venir,
acá morir,
perro, acá morir!
Sacristán: "Oh, hijo de una puta,
nieto de un gran cornudo,
sobrino de un bellaco,
hermano de un gran traidor y sodomita!
Otro (morillo): "¡Non rescatar, non fugir;
don Juan no venir;
acá morir!"
Sacristán: ¡Tú morirás, borracho,
bardaja fementido;
quinola punto menos,
anzuelo de Mahoma, el hideputa!" (114).

El tono de Cervantes es laico y distendido, muy al contrario que el tono "papaz", puntilloso en el buscar comportamientos pecaminosos, aunque sean íntimos --la declaración del carmelita Enríquez, aunque tan favorable a Cervantes, es una muestra

elocuente de ello--, siempre a punto para procurar sentimientos de culpa. El tono cervantino se acercaría al de sus compañeros de desdicha, soldados de vida agitada o caballeros en desgracia, al punto de vista popular mucho más que al oficial-católico, sobre el que ironizará a lo largo de toda su obra y a lo largo de toda su vida. Los posibles "pensamientos" o "fantasmas" homosexuales que pudieran pasársele a Cervantes por la mente, más que sentido de culpa --mala conciencia, pecado-- le dieron alas para su creación, nuevos recursos literarios, posibilidades nuevas para inquietar o sorprender a sus lectores, una "máscara" más, que dijera Goytisolo, con su providencial e irónica sonrisa. No hay morbo sino juego, muy al contrario que en la literatura "papaz".

Primero, libertad; luego, pobreza. Esos son los asuntos "serios" en el análisis cervantino. El sexo es algo anecdótico, secundario, subordinado a lo anterior. Incluso en el cautiverio la pobreza es un mal esencial; a la hora de distribuir trabajos, el dinero puede evitar los más duros, como un guardián sentencia a un esclavo al referirse a los caballeros.

Esclavo: "¿Y si pagan?
Guardián: "Cosa es llana
que hay sosiego do hay dineros". (115).

Lo "serio" es "la melancolía que es no tener libertad", en boca del cautivo don Lope encadenado (116). Lo "serio" es esa confesión del cautivo Saavedra:

"El cuello enflaquecido, al trabajoso
yugo de esclavitud amarga puesto,
bien ves que a cuerpo y alma es peligroso;
y más aquel que tiene presupuesto
de dejarse morir antes que pase
un punto el modo de vivir honesto" (117).

De melancólica sinceridad y convincente autorretrato íntimo que la información de Argel de fray Juan Gil no hizo sino confirmar con tantos cariñosos testimonios de los compañeros del soldado Saavedra. Lo "serio" son las palabras del demonio:

"En el infierno todo no hay quien haga
más cruda y fiera plaga entre cristianos,
aunque muestren más sanos corazones
y limpias intenciones, que es la dura
necesidad, que apura la paciencia.
No tiene resistencia esta pasión.
La otra es la ocasión..." (118).

"Ocasión" y "Necesidad" se confabularán contra el cautivo Aurelio para tentarle y que acceda a las solicitudes sexuales de su ama Zahara, traicionando así el amor de Silvia, su esposa.

Aurelio: "De mil astucias usa y de mil mañas
para traerme a su lascivo intento:

ya me regala, ya me vitupera,
ya me da de comer en abundancia,
ya me mata de hambre y de miseria.
Necesidad: "Grande es, por cierto, Aurelio, la que tienes.
Aurelio: "Grande necesidad, cierto, padezco.
Necesidad: "Rotos traes los zapatos y vestidos.
Aurelio: "Zapatos y vestidos tengo rotos.
Necesidad: "En un pellejo duermes y en el suelo.
Aurelio: "En el suelo me acuesto en un pellejo.
Necesidad: "Corta traes la camisa, sucia y rota.
Aurelio: "Sucia, corta camisa y rota traigo.
Ocasión: "Pues yo sé, si quieres, que hallarías
ocasión de salir dese trabajo.
Aurelio: "Pues yo sé, si quisiese, que podría
salir desta miseria a poca costa.
Ocasión: "Con no más de querer a tu ama Zahara,
o con dar muestras sólo de quererla.
Aurelio: "Con no más de querer bien a mi ama,
o fingir que la quiero, me bastaba.
Mas, ¿quién podrá fingir lo que no quiere?
Necesidad: "Necesidad te fuerza a que lo hagas.
Aurelio: "Necesidad me fuerza a que lo haga.
Ocasión: "¡Oh, cuán rica es Zahara y cuán hermosa!
Aurelio: "¡Cuán hermosa y cuán rica que es mi ama!
Necesidad: "Y liberal, que hace mucho al caso
que te dará a montón lo que quisieres.
Aurelio: "Y, siendo liberal y enamorada,
daráme todo cuanto le pidiere.
Ocasión: "¡Extraña es la ocasión que se te ofrece!
Aurelio: "¡Extraña es la ocasión que se me ofrece!
Mas no podré torcer mi hidalga sangre
de lo que es justo y a sí misma debe. (118)

La tentación será vencida, al final, en el maduro Aurelio, aunque no lo fuera en el joven Juan. La escena de los hermanos Juan y Francisco va a continuación de la de la tentación de Aurelio. En ella Juan, ahora Solimán, muestra su contento de ser moro a la vez que reniega de su hermano:

Juan: "¿Hay más gusto que ser moro?
Mira este galán vestido,
que mi amo me le ha dado,
y otro tengo de brocado
más bizarro y más polido.
Alcuzcuz como sabroso,
sorbeta de azúcar bebo,
y el corde, que es dulce, pruebo,
y pilao, que es provechoso..."

Su hermano Francisco, ya fuera de escena Juan/Solimán, se lamenta:

"Oh, tierna edad! !Cuán presto eres vencida,
siendo en esta Sodoma requestada
y con falsos regalos combatida!"

Y Aurelio hará también su reflexión, entre la que sobresale la consideración del acto de renegar del joven Juan como una "dolencia", como pecado de juventud que tendrá curación:

Aurelio: "Dios te guíe, Francisco, y ten paciencia
que la mano bendita poderosa
curará de tu hermano la dolencia" (119).

Al final de Los tratos de Argel aparece el rey Hasán Bajá --Hasán Veneciano y no el hijo de Barbaroja del mismo nombre, que sería el rey de El gallardo español-- y en su imagen de rey codicioso y cruel; hace apalear a un cautivo de Málaga que había huido hacia Orán y negocia con los esclavos, incluso perjudicando a sus súbditos --como el amo de Aurelio, el renegado español Yusuf--, que es la imagen que de Hasán Veneciano dejó Sosa y el propio Cervantes en el Quijote. Era un mito popular sin duda. En la tradición de los Barbaroja, el hombre pobre que llegaba a "rey". Pero no con la fama de justiciero de los sardos Hasán Aga y Rabadán Bajá, o elogiado como el Ochali del Quijote, el calabrés tiñoso. Hasán Veneciano podía ser la imagen del "tirano" si fuera necesario, incluso para una propaganda cristiana más seria que la habitual de los eclesiásticos redentores de cautivos.

NOTAS:

- (17).- Haedo, I, p. 175.
- (18).- Ib., II, pp. 156-157.
- (19).- Gracián, p. 27.
- (20).- Haedo, II, p. 151.
- (21).- Sandoval, XXV, XXXII, p. 208 del t. III.
- (22).- Ib., XXX, XVI, p. 344 del t. III.
- (23).- Ib., XXII, XXIII, p. 544 del t. II.
- (24).- Ib., XXX, XIX, p. 347 del t. III.
- (25).- c. 4.12.
- (26).- Torres, c. LXXXV, p. 226.
- (27).- Gómara, p. 420.
- (28).- Haedo, I, p. 277.
- (29).- Ver c. 2.19.
- (30).- Haedo, I, p. 375.
- (31).- Quijote , I, XL.

- (32).- Haedo, I, p. 388.
(33).- Sandoval, XXV, LXXV.
(34).- Sola, "Esclavas y cautivas en España y Berbería", en I congreso de historia de la mujer, Alcalá de Henares, julio 1988.
(35).- Haedo, I, pp. 88-89.
(36).- Ib., II, p. 153.
(37).- Los baños de Argel, jornada II. Ver Sola, Un Mediterráneo..., pp. 285 ss.
(38).- Según la edic. de Sola y Parreño citada, de ed. Hiperión.
(39).- Ed. cit. de Pepe Esteban ed., pp. 50-51.
(40).- Ib., p. 128.
(41).- Ib., p. 158.
(42).- Canavaggio, op. cit. p. 84.
(43).- "Información...", p. 102.
(44).- Ib., p. 157.
(45).- Ib., p. 163.
(46).- Ibidem.
(47).- Ib., p. 94.
(48).- Ib., p. 96.
(49).- Ib., p. 158.
(50).- Ib., p. 159.
(51).- Ibidem.
(52).- Ib., p. 54.
(53).- Ib., p. 78.
(54).- Ib., p. 66.
(55).- Ib., p. 80.
(56).- Cavaggio, op. cit., p. 79.
(57).- "Inform.", p. 50.
(58).- Ib., p. 95.
(59).- Ib., p. 76.
(60).- Braudel, op. cit., II, p. 658 ss.
(61).- Ib., p. 662.
(62).- Ib., p. 669.
(63).- Ib.p. 670.
(64).- Ibidem.
(65).- Ib., p. 674.
(66).- Ib., p. 676.
(67).- Canavaggio, op. cit., p. 81.
(68).- Los baños..., jornada I. Ver E. Sola, Un Mediterráneo..., pp. 289-290.
(69).- Relato 26 de Los mártires...
(70).- Ib., relato 27.
(71).- "Información...", pp. 55-58.
(72).- Ib., p. 89.
(73).- Ib., p. 110.
(74).- Ib., p. 148.,
(75).- Ib., p. 160.
(76).- Ib., 139-140.
(77).-Ib., p. 140.

- (78).- Ib., p. 141.
(79).- Ib., p. 123.
(80).- Ib., p. 130.
(81).- Ib., p. 104.
(82).- Ib., p. 105-106.
(83).- Ib., p. 82.
(84).- Ib., pp. 82-83.
(85).- Canavaggio, op. cit. p. 83.
(85).- Los tratos..., jornada IV; ver E. Sola, Un Mediterráneo..., pp. 280 ss.
(86).- Sola, Ib., p. 272, de la escena I de El gallardo español.
(87).- "Ralaciónn...", p. 161.
(88).- Ib., p. 62.
(89).- Ib., pp. 89-90.
(90).- Ib., p. 67.
(91).- Ib., pp. 70-71.
(92).- Ib., p. 84.
(93).- Ib., pp. 88-89.
(94).- Ib., p. 106.
(95).- Ib., p. 123.
(96).- Ib., p. 131.
(97).- Ib., p. 142.
(98).- Ver más arriba, capítulos 4.5 y 4.15.
(99).- "Información" pp. 133-135.
(100).- Ib., pp. 112-117.
(101).- Ib., pp. 148 y 150-151.
(102).- J. Goytisolo, Crónicas sarracinas, Barelona, 1982, Ruedo Ibérico, p. 59.
(103).- Ib., p. 61.
(104).- En Quimera, 2, XI/1980, pp. 31-37.
(104).- El texto de J.A. Valente es "Cervantes o el rumor de la persona" (Diario El País, 20/III/88), y el ensayo de Rosa Rossi Escuchar a Cervantes. Un ensayo biográfico, Valladolid, 1988, Ed. Ambito.
(105).- Rossi, op. cit. pp. 55 y 81.
(106).- Ib., p. 81.
(107).- Ib., p. 59.
(108).- Ibidem.
(109).- Ib., p. 30
(110).- Los textos son de la jornada IV de Los baños de Argel; ver Sola, Un Mediterráneo..., p. 282.
(111).- Op. cit.,
(112).- Quijote, II, c.
(113).- Este resumen está en el "apéndice" a mi comunicación "Esclavas y cautivas en España y Berbería", en el I congreso de historia de la mujer, Alcalá, julio 1988.
(114).- Los baños de Argel, jornada II.
(115).- Ib., jornada I.
(116).- Ibidem.

- (117).- Los tratos de Argel, jornada I.
(118).- Ib., jornada III.
(119).- Ibidem.